





EL CETRO
Y LA SANGRE





Jean des Cars

EL CETRO Y LA SANGRE

Traducción de Silvia Kot



 *Editorial El Ateneo*

Des Cars, Jean

El cetro y la sangre / Jean Des Cars. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2017.

464 p. ; 23 x 16 cm.

Traducción de: Silvia Kot.

ISBN 978-950-02-9980-0

1. Historia. 2. Europa. I. Kot, Silvia, trad. II. Título.

CDD 940

El cetro y la sangre

Título original: *Le sceptre et le sang*

Autor: Jean des Cars

© Editions Perrin, 2014

Traductora: Silvia Kot

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2017

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elatenio.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: junio de 2017

ISBN 978-950-02-9980-0

Impreso en Grupo ILHSA S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en junio de 2017.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Índice

Prólogo.....	11
1. Los años peligrosos. 1908-1914	15
2. Sarajevo entre la paz y la guerra. 28 de junio - 28 de julio de 1914	73
3. ¿Aliadas? ¿Enemigas? ¿Neutrales? Las monarquías frente a la guerra. 1914-1916.....	133
4. El fin de los imperios. 1917-1918.....	205
5. De las ilusiones de paz a un nuevo cataclismo. 1919-1939	269
6. ¿Qué monarquías sobrevivirían al segundo terremoto? 1939-1947	377
Conclusión. Las monarquías del siglo XXI: una realidad y una nostalgia.....	449
Agradecimientos	459



Para toda mi familia, a la que amo.

Y en recuerdo de mis abuelos, que,
como millones de hombres y mujeres,
han vivido el final de un mundo
y me lo contaron.

Para Monique.

Para siempre.



Prólogo

En el verano de 1914, Europa era, en su gran mayoría, monárquica: diecinueve de sus veintidós Estados independientes eran reinos, imperios, principados o grandes ducados. Tres repúblicas constituían prácticamente una excepción: Francia, desde 1870, Portugal, desde 1910, y la Confederación Helvética, con un régimen al mismo tiempo presidencial y parlamentario. Once Estados entrarían en guerra, ocho participarían en forma involuntaria, porque la neutralidad de algunas monarquías, por ejemplo Bélgica o Luxemburgo, no les permitió escapar a una invasión en algunos casos, y en otros, a una acción bélica o a una resistencia junto a los Aliados. Francia fue la única república que se involucró en el conflicto desde el principio: Portugal entró en guerra en la primavera de 1916, mientras que Suiza observó su tradicional neutralidad. Aparte de la excepción francesa, la Primera Guerra Mundial nació del enfrentamiento de algunos soberanos y sus gobiernos con otros emperadores, otros reyes y otros gabinetes, fortalecidos por sus alianzas y sus intereses. Se trató entonces de una “guerra de monarcas”. Rivalidades políticas, militares y comerciales se mezclaban con disputas personales, sin olvidar las convicciones religiosas, a menudo determinantes. Esos hombres dirigían países a veces territorialmente inmensos, con destinos antiguos o recientes y una geografía a menudo compleja y cambiante, sobre todo en Europa Central y Meridional, donde el Imperio otomano, que

declinaba desde 1830 y no podía considerarse europeo, se esforzaba por mantener sus últimas zonas de influencia en Europa. En 1912 y en 1913, dos guerras, llamadas “balcánicas”, constituyeron una especie de ensayo regional de un conflicto que se volvería mundial.

Diplomáticamente, Europa estaba dividida en dos bloques, constituidos a fines del siglo XIX o a principios del XX. De un lado, la Triple Alianza, inspirada por Bismarck para aislar a Francia, unió al Imperio alemán, al Imperio austrohúngaro y al reino de Italia; este último era cada vez más reticente, por su expansión colonial en Libia, que lo llevó a acordar con Francia, Gran Bretaña y Rusia, con quienes se aliaría en 1915, rompiendo su adhesión a Berlín y a Viena. Del otro lado, como respuesta a la Triple Alianza, se firmaron acuerdos bilaterales: Alianza Franco-Rusa, Entente Cordiale (entre Francia y Gran Bretaña), Convención Anglo-Rusa. Estos tratados terminaron por constituir una Triple Entente (Francia, Rusia, Gran Bretaña). Hay que decir que esas uniones no evitaron resentimientos ni tampoco indiferencias: Italia no tenía demasiada simpatía por sus aliados germano-austriacos, mientras que ni París ni Londres apoyaron a San Petersburgo durante la desastrosa guerra de Rusia contra Japón. Las ambiciones coloniales, que prolongaban los nacionalismos, sacaron a la luz antagonismos graves. Que llegaron al odio.

Más allá de las declaraciones, los comportamientos y las decisiones públicas, esos soberanos no eran solo dirigentes coronados que encarnaban a su Estado. Al analizar las razones de la Primera Guerra Mundial y la sucesión de las tensiones y los incidentes que llevaron a un apocalipsis, hay que tener en cuenta que los monarcas de la época anterior a 1914 eran seres humanos con sus vidas personales, sus vacilaciones, sus maniobras para informarse, sus

elecciones, sus poderes más o menos concretos, sus influencias a veces fundamentales, sus personalidades, sus obsesiones, sus temores y la creencia en el símbolo, supremo y sagrado, que encarnaban, desde hacía siglos, décadas o pocos años. Una circunstancia excepcional: casi todos esos soberanos que se unirían o se combatirían —y a veces cambiarían de bando en medio de las hostilidades— eran parientes, ligados por lazos de sangre, y sus esposas solían reforzar esas alianzas. Algunos se parecían físicamente de una manera asombrosa, con sus barbas y bigotes de rigor. Se encontraban en ocasión de las visitas oficiales, las bodas o los cumpleaños: cada uno de los monarcas ostentaba, con una cortesía a veces inoportuna, el uniforme y las condecoraciones del otro. “Hola, primo”, “Mis respetos, querida sobrina”. Y algunas semanas, o algunos días después de esos festejos obligados, se atacaban y se invadían unos a otros. “La guerra de los reyes”, por ejemplo, sería un increíble ajuste de cuentas familiar a escala de un continente: incluso se exportaría muy lejos, cruzando océanos y mares, según la lógica de la colonización.

¿Quiénes eran esos hombres y esas mujeres que compartían sus existencias? De la aspiración al ofuscamiento, de la valentía a la pusilanimidad, de los celos a la abnegación, ¿cuáles fueron sus secretos? ¿Cómo fueron sus vidas personales, sus amores, sus fuerzas y sus debilidades? ¿Qué consecuencias tuvieron sobre ellos y sus familias los combates, las victorias, las derrotas, las esperanzas de paz? ¿Eran conscientes o inconscientes de las consecuencias de sus decisiones? ¿Fueron simplemente superados por los acontecimientos y no pudieron detener el engranaje?

Este libro propone una mirada esencialmente humana sobre dos guerras mundiales y un período de entreguerras al principio prometedor, y luego brutal y tormentoso con el auge de los

totalitarismos. Dos mundos se derrumbarían y dos tratados de paz darían origen a nuevos bloques. Varias monarquías desaparecieron, algunas subsistieron, otras triunfaron, quizás en forma tardía. Ni siquiera las que permanecieron neutrales, como los reinos escandinavos o España, quedaron al margen de las gigantescas transformaciones sociales, económicas y culturales.

Un siglo después de la Primera Guerra Mundial, diez de veintiocho Estados europeos, de los cuales siete serían miembros de la Unión Europea, siguen siendo monarquías, principalmente constitucionales. Enraizadas en la tradición, pero polos de estabilidad en estos tiempos de incertidumbres, la mayoría de esas monarquías goza de una renovada popularidad y en muchos casos, muestra un rejuvenecimiento de los reyes y las reinas del siglo XXI que fundan la autoridad pública. Y construyen el porvenir con un rostro.

Los años peligrosos 1908-1914

A los setenta y ocho años, en 1908, era el decano de los monarcas europeos. Francisco José era emperador de Austria desde 1848 y rey de Hungría desde 1867. Su esposa, la célebre e imprevisible Sissi, lo había ayudado mucho a reconquistar el corazón de los magiares y ubicar a Budapest en el mismo nivel diplomático de Viena. Con su temprana calvicie y el rostro parcialmente cubierto por largas patillas, siempre vestido de uniforme (el monarca se consideraba a sí mismo un soldado y dormía en un catre de campaña de hierro), el emperador-rey era muy apreciado por sus millones de súbditos, distribuidos sobre un inmenso territorio nueve veces más grande que la Austria actual, en el que se hablaban unos quince idiomas y una verdadera tolerancia permitía coexistir a cinco religiones, tanto en sus cultos como en las conciencias.

**FRANCISCO JOSÉ, VIUDO DESDE HACÍA DIEZ AÑOS, SEGUÍA SIENDO
AMADO Y RESPETADO**

La vida personal de Francisco José estuvo marcada por tres dramas. En 1867, su hermano Maximiliano, efímero emperador de México, fue fusilado por el gobierno de Benito Juárez, en Querétaro. Años más tarde, en la madrugada del 30 de enero de 1889, la muerte, enigmática y considerada escandalosa, del único hijo varón que

tuvo con Sissi, el archiduque heredero Rodolfo, cuyo cuerpo fue encontrado en su pabellón de caza en Mayerling, alimentó suposiciones y tesis contradictorias a las que los acongojados padres solo respondieron con el silencio, un sorprendente silencio. Por último, el 10 de septiembre de 1898, el asesinato en Ginebra de la emperatriz-reina Isabel (Erzsébet en Hungría) sumió al soberano en un dolor inconsolable. El anarquista que mató a Sissi en el muelle del Mont Blanc —una víctima famosa, elegida al azar— amplificó el mito de esa beldad indomable, caprichosa, pero visionaria. El drama, que conmocionó a Europa, dejó a Francisco José frente a una soledad oficial, limitado a su sentido del deber y repitiéndose a sí mismo: “Decididamente, no me libraré de ningún dolor...”. Había sacrificado su felicidad, asegurándole a la eterna viajera: “Prefiero saberte feliz lejos de mí antes que desdichada conmigo”. Sissi, esposa demasiado ausente y muy criticada por ese motivo, había terminado por admitir que su marido necesitaba consuelo. Incluso eligió ella misma, en cierto modo, a la mujer que la reemplazaría: la talentosa actriz Katharina Schratt. Sin embargo, la naturaleza exacta de esa relación nunca se estableció realmente. Cuando esta gloria del Burgtheater, el teatro nacional austríaco, amenazó en 1900 con dejar de verlo, Francisco José se desesperó ante la idea de quedarse aún más solo. La actriz se encontraba en un momento crucial de su carrera y de su vida de mujer. Sus caprichos y sus exigencias profesionales imposibles de satisfacer arruinaron su reputación en la corte. Aunque no le reprochaban su amistad íntima con el soberano, tan castigado por la vida, criticaban el papel de indispensable confidente que interpretaba esa plebeya. Lo más grave era que la archiduquesa María Valeria, la hija menor de Francisco José y Sissi (a la que esta llamaba “mi única hija”, porque había podido criarla personalmente), no apreciaba a la Schratt y temía que la

desesperación impulsara a su padre a casarse con ella. De hecho, en vida de la emperatriz, las relaciones eran, si puede decirse así, más claras y simples en su ambigüedad. Mientras vivió Sissi, el trío no molestaba, pero el dúo que quedó luego preocupaba a la familia imperial. De todos modos, al cabo de un año, Katharina regresó al corazón del viejo monarca, físicamente un poco más entrada en carnes. ¡Al menos ella no seguía el régimen demencial de Sissi, que rozaba la anorexia!

El emperador seguía siendo muy amado –salvo por los eslavos–, porque era digno y valiente. Primer funcionario de su imperio, sin genio pero trabajador y disciplinado, se levantaba a las cuatro y media de la mañana para estudiar sus expedientes. A pesar de sus errores y sus tribulaciones, encarnó un modelo de grandeza. Y, como suele ocurrir, sus desgracias familiares aumentaron su popularidad. Él sabía, como sus ministros, que la adhesión a su persona era un factor de cohesión en un imperio multinacional. Como prefería los coches a caballo en vez de los automóviles, creían que se oponía al progreso, pero esto era falso: no solo aceptó grabar su voz en el cilindro de cera de un gramófono con bocina, sino que donó el terreno para que se construyera, en el corazón de Viena, el Pabellón de la Secesión, símbolo del *art nouveau* a fines del siglo XIX, con su famosa cúpula conocida como “repollo dorado”. Aunque el movimiento de la Secesión, que reunió a artistas prodigiosos y cuyo primer presidente fue Gustav Klimt, no era del gusto del emperador, él no lo prohibió ni lo combatió.

La vida política del emperador se había visto ensombrecida por dos rotundos fracasos: la pérdida de las provincias de Lombardía y Véneto tras las derrotas de Magenta y Solferino en 1859 contra las tropas de Napoleón III, y luego, la humillación de Sadowa, en 1866, que puso de manifiesto la superioridad militar de Prusia.

Después, la doble monarquía austrohúngara, instituida en 1867, había llevado sus ambiciones hacia las regiones danubianas y el sur de los Balcanes, como una manera de ampliar Hungría. El soberano deseaba responder a las reivindicaciones de las nacionalidades no germanófonas de su imperio. El Congreso de Berlín (13 de junio-13 de julio de 1878) le otorgó a Francisco José un mandato de administración de la provincia otomana de Bosnia y Herzegovina: esto le desagradó profundamente al zar de Rusia, Alejandro II, que se consideraba a sí mismo el protector de los eslavos del sur, en particular de los serbios ortodoxos, y pretendía mantener su influencia en la región. Aunque eran opuestos, el emperador y el zar apuntaban al mismo objetivo: eliminar a los turcos de los Balcanes.

**GOLPES DE EFECTO: AUSTRIA-HUNGRÍA ANEXÓ A BOSNIA Y HERZEGOVINA...
Y FERNANDO I SE CONVIRTIÓ EN ZAR DE LOS BÚLGAROS**

A principios de octubre de 1908, en Budapest, Francisco José tuvo una reunión amistosa y secreta con el príncipe Fernando I de Bulgaria. ¡Qué personaje extraño! Este hombre, de cuarenta y siete años y nacido en Viena, era, por su padre, un Sajonia-Coburgo-Gotha de la rama católica, y su madre era hija del rey de los franceses Luis Felipe. Se llamaba Clementina y le gustaban tanto las intrigas (muy frecuentes entre los Orleans) que, en los pasillos de las cortes, le pusieron un apodo que a ella misma le encantaba: “Clementina de Médicis”. Pero en realidad se preocupaba por su hijo menor y preferido, demasiado tímido y delicado, demasiado entusiasmado por la botánica: ella lo llamaba “Ferdy querido” y buscaba un trono para él, porque estaba segura de que lo merecía... Justamente, en la década de 1880, Bulgaria había iniciado el tortuoso camino

de la unidad y se debatía entre las reivindicaciones rusas y las influencias turcas, entre conflictos territoriales y disputas religiosas. La múltiple Bulgaria estaba desgarrada por la diversidad de los búlgaros. El príncipe alemán Alejandro de Battenberg acababa de fracasar y había abdicado. Una vez más, los búlgaros esperaban un líder. “Clementina de Médicis”, que disponía de una extensa red de informantes, propuso a su hijo; apenas lo consultó a él y no habría admitido que no estuviera de acuerdo. Clementina triunfó entonces al conseguir, el 7 de julio de 1887, que la Asamblea búlgara eligiera a Fernando, su refinado hijo. Este tenía veintiséis años cuando subió al trono de Bulgaria. Era inteligente, extremadamente culto, aficionado a los perfumes, a las flores bonitas y también, según decían, a los muchachos apuestos. Inglaterra y Austria-Hungría apoyaron su candidatura y él se alió a varias cortes de Europa. En Sofía, se sintieron halagados, y el primer ministro Stambolov, hijo de un posadero y ex seminarista, que pronto sería considerado como “el Bismarck búlgaro”, se alegró de antemano “por lo que esos prestigiosos lazos dinásticos podían aportarle a su país demasiado nuevo en una Europa demasiado vieja”.

A Clementina solo le faltaba encontrar una esposa para su hijo: eso terminaría con los comentarios malévolos sobre la posible bisexualidad del príncipe. Clementina supo actuar con cautela y fue tan eficaz en esta misión como en la anterior. Fernando, hijo dócil, se casó, en 1893, con la princesa María Luisa de Borbón Parma, bisnieta del último rey de Francia y Navarra, Carlos X, destituido por la Revolución de 1830. Una madre Orleans y una esposa Borbón: ¡el príncipe se unió por fin a los monárquicos franceses! El principado búlgaro, cuyo soberano tenía sangre alemana, se convirtió así en la más francesa de las dinastías balcánicas, en el cruce de los siglos XIX y XX. La devota princesa María Luisa, que siguió

siendo profundamente católica, y por lo tanto, poco búlgara, tuvo cuatro hijos en seis años y falleció en 1899, al dar a luz a su segunda niña. Antes de ocupar el trono búlgaro, Fernando había estado protegido siempre por Viena e incluso la había servido como oficial de los Habsburgo. Desde su instalación en Sofía, no contó con la aprobación del zar ruso Alejandro III, un coloso con un poder de persuasión tan fuerte que varios Estados europeos mostraron su mismo desprecio por Fernando. Esa actitud dio origen incluso a un incidente en París, cuando el duque de Aumale, tío materno de Fernando, no saludó a su sobrino al cruzarse con él. El príncipe de Bulgaria se ofendió. El duque de Aumale, de más de setenta años, tenía, sin duda, mala vista, pero un gran sentido del humor. Ante el reclamo de su impertinente sobrino, respondió:

–Yo soy como Europa: no te reconozco.

El príncipe de Bulgaria, despreciado durante mucho tiempo por sus vecinos coronados, logró reconciliarse finalmente con San Petersburgo gracias a un gesto que fue valorado por el zar Alejandro III: Fernando hizo bautizar a su primer hijo, Boris, según el rito ortodoxo, algo que era normal en una dinastía búlgara, sobre todo debutante. En adelante, Fernando debió sopesar las respectivas ventajas del apoyo ruso y del de Austria-Hungría, a riesgo de olvidar sus simpatías... y traicionarlas. Esa versatilidad, que Europa Central observaba con inquietud, le valió un nuevo apodo, lanzado por su prima y vecina, la princesa heredera María de Rumania: “Foxy Ferdy”. Fernando I se convirtió en “el zorro de los Balcanes”. Desde ese momento, empezaron a respetarlo. Fue el triunfo póstumo de su madre, su consejera más sagaz, que había fallecido un año antes en Viena. Ella había sido una mujer muy popular por su inteligencia y su generosidad. Una Médicis, pero también una Metternich.

Aunque Francisco José no apreciaba demasiado a Fernando, por motivos personales, conversó con él en Budapest, a principios de octubre de 1908, porque había llegado una noticia preocupante del Imperio otomano, que puso en marcha un engranaje infernal. Se supo que en Constantinopla, en julio, un grupo de intelectuales y oficiales otomanos, reunidos bajo el nombre de “Jóvenes Turcos”, habían obligado al sanguinario sultán Abdul Hamid II a restaurar la libertad de expresión y de reunión, y luego lo forzaron a abdicar. Los Jóvenes Turcos querían organizar elecciones en el Imperio. La tutela otomana latente sobre Bosnia y Herzegovina amenazaba despertarse y perjudicar las ambiciones austrohúngaras. Era necesario entonces que Francisco José ratificara su autoridad anexando lisa y llanamente esa provincia. Fernando I aprovechó la oportunidad para negociar un intercambio equitativo con el viejo emperador. El príncipe aprobó la anexión de Bosnia y Herzegovina a cambio del reconocimiento de un título que se otorgó a sí mismo: zar de los búlgaros. Bulgaria se convirtió en una monarquía. Este acuerdo fue absolutamente secreto. Por eso, el 5 de octubre de 1908, el anciano emperador sorprendió a Europa al incluir oficialmente a Bosnia y Herzegovina en su Imperio, violando así el simple mandato de gestión que había recibido del Congreso de Berlín. Ese mismo 5 de octubre, Fernando I declaró la independencia total de Bulgaria, hasta ese momento dividida en tres provincias bajo regímenes diferentes: un mosaico humillante e insoportable. Podía verse en esto el retorno de la Gran Bulgaria, que había sido todopoderosa en los Balcanes en el siglo XIV. Y con el apoyo de Francisco José, el príncipe se proclamó zar de los búlgaros. Después de la independencia, la reunificación debería ser más sencilla. El 12 de octubre, Fernando, a caballo, rodeado de ocho mil jinetes, fue aclamado en las calles de Sofía

cubiertas de flores, en particular de rosas. En largos cortejos pintorescos, los campesinos habían bajado de las montañas y el obispo metropolitano celebró un tedeum en un altar levantado al aire libre.

EL REY PEDRO I DE SERBIA ESTABA FURIOSO: ¡VIENA ESTRANGULABA A SU PAÍS!

Francisco José creía que no habría reacciones frente a su decisión, pero sucedió todo lo contrario: la anexión provocó una crisis mayor. Rusia no protestó, porque se había llevado a cabo un acuerdo secreto entre el zar de San Petersburgo y el soberano austrohúngaro: Nicolás II aceptó la anexión a cambio del apoyo austríaco a su voluntad de control del acceso a los estrechos. Pero luego, el gobierno de Nicolás II negó ese arreglo. En cambio, los serbios y los griegos de Macedonia, entre otros, estaban furiosos por esta apropiación de los Habsburgo. Sin medir realmente sus efectos, Francisco José acababa de encender la primera chispa. Era doble, en realidad: Austria-Hungría incrementó su presencia balcánica y se necesitaría contar con Bulgaria, cosa que exasperaba a Rusia. La anexión de Bosnia y Herzegovina obligó a los principales Estados de Europa y a sus dirigentes a tomar posición, a elegir sus aliados o sus enemigos. Y ya reinaban varios monarcas que, seis años más tarde, serían arrastrados al conflicto mundial. La decisión de Francisco José había encendido una mecha lenta. Sus médicos se preocupaban por sus repetidas bronquitis, que lo habían obligado a hacer reposo, mientras que desde hacía varias semanas, el viejo emperador y sus ministros se disponían a colocar a Europa frente al hecho consumado.

Estupefacto y muy descontento por la anexión, el rey Pedro I de Serbia, de sesenta y cuatro años, lo hizo saber. Él también tenía pretensiones sobre Bosnia y Herzegovina, no solo por haber participado, en 1875, en la insurrección de la provincia contra los turcos, sino sobre todo porque ese país tenía acceso al mar Adriático. La decisión brutal de Francisco José, experimentada como un golpe de Estado, aisló a Serbia y la asfixió económicamente. En el Danubio, se enfrentaron rápidamente cañoneras austríacas y serbias, y se temía que la situación degenerara en un incidente.

Pedro I, nacido en Belgrado en 1844, llegó al trono tras el asesinato, el 10 de junio de 1903, del rey Alejandro I, de la dinastía Obrenović, y de la reina Draga, ex dama de la corte de dudosa reputación, que se había casado con el rey en 1900. La ejecución, salvaje y furiosa, de ambos en el desván adyacente a su dormitorio, donde se habían refugiado a medio vestir, fue un alivio para la población, que estaba cansada del autoritarismo de Alejandro y de las dificultades económicas, y había desaprobado el casamiento del rey. Ese sangriento golpe de Estado militar fue impulsado por el joven teniente Dragutin Dimitrijević, llamado Apis, que el 3 de marzo de 1911 fundaría una organización secreta de la que hablaremos más adelante: la Mano Negra. Un mes después de la violenta eliminación de la odiada pareja y sus parientes, Pedro fue nombrado por la Asamblea Nacional. El nuevo monarca pertenecía a la familia de los Karadjordjević, que de este modo tomaba su revancha.

Exiliado en 1858 tras la caída de su padre, educado en Francia, francófilo, Pedro I fue alumno de la Escuela Militar de Saint-Cyr en 1862 y sirvió como oficial, con un nombre falso, en la Legión Extranjera durante la Guerra Franco-Prusiana de 1870-1871. Pedro I fue coronado en Belgrado el 22 de septiembre de 1904 y llevó adelante una política antiaustríaca. Convirtió a su reino en el

faro de la oposición eslava a los Habsburgo, apoyándose en Rusia y Francia, que le proporcionó un armamento forjado en las fábricas Creusot. Este rey liberal de impresionantes bigotes y de ideas sociales avanzadas desarrolló la vida literaria e intelectual de Belgrado. Como deseaba estar cerca del pueblo y de sus preocupaciones, paseaba solo, vestido de civil, por las calles de Belgrado, y visitaba los talleres, las escuelas y los hospitales. Mostraba una auténtica sencillez: solía escribir en los libros de visitantes o en los pizarrones una frase perturbadora por su humildad: “Pasó el rey Pedro”.

AL CASAR A SUS HIJAS, EL PRÍNCIPE DE MONTENEGRO SE CONVIRTIÓ EN EL “SUEGRO DE EUROPA”

En 1883, Pedro se había casado con la princesa Zorka, la hija mayor del príncipe Nicolás de Montenegro. Tuvieron cinco hijos, nacidos en Montaña Negra, de los que sobrevivieron tres. Pero la princesa falleció muy joven, en 1890: cuando Pedro I fue coronado, hacía catorce años que era viudo. En el plano diplomático, su casamiento había permitido que Montenegro se hiciera conocer más allá de sus rudas fronteras montañosas. Una suerte para ese pequeño país, vinculado a la Serbia real en el siglo XIV, pero cuyo territorio formó parte luego del Imperio otomano durante cuatrocientos años, hasta 1878. Para muchos, Montenegro, descrito por Pierre Loti como un “mar en furia petrificado”, era un Estado minúsculo, digno de una opereta, al que nadie tomaba en serio y cuyo soberano esperaba hacerse respetar casando a sus hijas con monarcas o príncipes europeos disponibles. Casó a cinco de ellas con cinco herederos del Gotha: esto le valió el mote de “suegro de Europa”. Su ambiciosa política matrimonial, copiada de la de los

Habsburgo, fue su mayor éxito, y Europa, que durante mucho tiempo lo observó con incredulidad, y hasta con sorna, debió asistir a la creciente notoriedad de Montenegro, que resultó ser mucho más que una agencia matrimonial.

Al anunciarse la anexión, Pedro I de Serbia, apoyado por San Petersburgo, protestó ante Francisco José y su gobierno, pero Francia le aconsejó moderación. Por su parte, el Imperio otomano, humillado por la decisión de Viena, anunció el boicot a los productos austrohúngaros. Estambul ya no podía llegar a Sarajevo. Era una mala señal para el Imperio otomano. Frente a esta crisis, ¿qué pensaba el zar de Rusia? Debilitado por la primera revolución de 1905 y el desastre naval de Tsushima en aguas japonesas, forzado a hacer concesiones liberales y a aceptar una tercera Duma (Asamblea Legislativa), Nicolás II siguió apoyando a la Alianza Franco-Rusa iniciada por su padre, Alejandro III, ya que ambos países estaban interesados en ello. Su inquietud por la situación balcánica estaba justificada por la posibilidad de acceder a los estrechos: eterna preocupación de la diplomacia rusa. El zar le encargó a su ministro de Relaciones Exteriores, Izvolski, en funciones desde 1906, que le propusiera a Francisco José el acuerdo ruso a la anexión de Bosnia y Herzegovina por parte de Viena –donde esta temía una creciente agitación serbia– contra el apoyo austríaco al pedido ruso de una revisión de la Convención de los Estrechos para permitir que pasaran por allí los buques rusos. Aunque parecía simple, esta negociación fracasó y Serbia perdió el apoyo ruso. Y el zar, decepcionado, reemplazó al ministro por su adjunto. En realidad, Nicolás II, soberano pequeñoburgués al que solo le interesaba la vida de familia, estaba muy afectado por la enfermedad de su único hijo varón, el zarévich Alexis, de cuatro años, que era hemofílico. La zarina Alejandra, princesa alemana y nieta de la reina Victoria, también

vivía en una permanente angustia, con el temor de que el pequeño sufriera una hemorragia. Replegados sobre sí mismos, la pareja imperial, sus cuatro hijas, las grandes duquesas Olga, Tatiana, María y Anastasia, y el zarévich Alexis vivían en su refugio familiar aislado de la realidad y de la vida de corte. Esa situación, dolorosa y confinada, le permitió al monje sanador Rasputín ejercer sobre ellos una influencia cada vez mayor, considerada desastrosa.

EDUARDO VII APRECIABA A LAS FRANCESAS Y CREÓ LA ENTENTE CORDIALE

De todos los monarcas reinantes en aquel final del verano de 1908, uno tenía un conocimiento muy preciso de las amenazas que se cernían sobre la geopolítica europea y por lo tanto, sobre la paz. Era Eduardo VII, rey de Gran Bretaña e Irlanda, que estaba también al frente de un poderoso imperio. Tenía sesenta y siete años y había comenzado a reinar en 1901, tras el fallecimiento de su madre, la reina Victoria. A pesar de su reputación de alegre vividor y hombre de placeres, Eduardo VII reveló una excepcional estatura de diplomático, que le permitió ir más allá de sus prerrogativas constitucionales. El 8 de abril de 1908, mientras pasaba su temporada habitual en Biarritz, el rey le pidió a Herbert Asquith que fuera su nuevo primer ministro. Ese nombramiento realizado en las habitaciones del soberano en el Hôtel du Palais, en territorio francés, fue visto como una violación al protocolo de la monarquía británica. Pero había urgencia, y de hecho, el rey había dicho a menudo, con un tono jovial, que en Francia se sentía “en casa”.

Con tacto, había reorientado la política exterior de Londres, especialmente en el aspecto militar y naval, al crear la Entente Cordiale, que solo existió gracias a él. Con su encanto, su persuasión

y su habilidad, había logrado poner a la opinión pública francesa de su lado, a pesar del contencioso colonial africano (Fachoda, Guerra de los Bóeres), y obtuvo un triunfo durante una de sus visitas a París. Su silueta imponente, su agudeza y su conocimiento de los asuntos de Estado –que sorprendía a sus primeros ministros– armonizaban con la renovada magnificencia de la corte de St. James, una tradición casi extinguida en los últimos años de una Victoria encerrada en el duelo. La diferencia entre la madre y el hijo también se hizo evidente en las relaciones con Berlín. Eduardo VII tomó distancia de su impetuoso primo, el káiser Guillermo II, cuya ambición de poder marítimo no dejaba de preocupar a los británicos, celosos de la supremacía de su flota. El gobierno de Su Majestad le pidió al soberano que moderara los proyectos de su excéntrico e imprevisible pariente. Los lazos de sangre podían ser útiles. En cuanto a las relaciones con Rusia, eran familiarmente cercanas, ya que Eduardo VII estaba casado con Alejandra de Dinamarca –muy bella, pero sorda (no ciega, en cambio, ante las aventuras adúlteras de su marido)–, que era cuñada de Alejandro III, y por lo tanto, tía de Nicolás II.

Para establecer contactos serenos y positivos con su sobrino el zar, con quien se encontró en Reval –actual Tallin, capital de Estonia– el 10 de junio de 1908, el rey lo nombró almirante honorario de la Royal Navy. El primer ministro se molestó por esta decisión y se atrevió a recordar que debió haber consultado al gobierno. Con humor, Eduardo VII respondió que, si el parentesco servía para evitar los conflictos, él estaba muy bien situado para ser el embajador de sí mismo y de las buenas intenciones. A mediados de agosto, después de una reunión en Alemania, tormentosa y sin resultado, con un Guillermo II esquivo y contradictorio, Eduardo VII llegó a Austria, a Bad Ischl, donde lo recibió un encantador y alegre

Francisco José en su confortable Kaiservilla. Todos los años, el 18 de agosto, este celebraba allí su cumpleaños. Durante el almuerzo, Eduardo VII intentó convencer al monarca austrohúngaro de presionar a Guillermo II para que detuviera su carrera armamentista en la flota alemana. La conversación fue cordial, pero infructuosa en el plano político. Lo único digno de destacarse fue la invitación del rey de Inglaterra e Irlanda a Francisco José a descubrir los placeres de un paseo en automóvil: una novedad para este, que era un hombre de a caballo. Por cortesía, el emperador se manifestó satisfecho con esa “experiencia”. Como era habitual en él, Eduardo VII se rio a carcajadas, mientras fumaba un enorme cigarro...

EL REY DE INGLATERRA DESCUBRIÓ LA DUPLICIDAD DEL EMPERADOR HABSBURGO

A fines de agosto, mientras viajaba a Bohemia, adonde iba regularmente para disfrutar de las famosas termas de Marienbad, Eduardo VII tuvo una reunión que lo dejó sorprendido y muy preocupado. El corresponsal del *Times* en Viena, William Steed, le aseguró que Austria-Hungría se disponía a anexar Bosnia y Herzegovina. El periodista estaba seguro de que su información era exacta. “No puedo creerlo –replicó el rey–, porque eso rompería el equilibrio europeo. El emperador Francisco José no me dijo nada de eso. No puedo creerlo”. Como se sabe, era verdad. El rey se consideró traicionado, y aunque la carta personal de Francisco José que le entregó el embajador de Austria-Hungría el mismo día de la anexión, el 5 de octubre, se refería a la amistad “íntima y tradicional” que los unía y le comunicaba “en persona una decisión importante que se veía obligado a tomar”, Eduardo VII estaba furioso.

¡Así que esa visita a Bad Ischl no era más que una trampa! No regresaría allí. Y el rey comprendió que esa anexión era la clase de acción violenta que había temido, una chispa en “el polvorín de los Balcanes”, según la expresión premonitoria de Bismarck.

El sucesor de la reina Victoria fue, sin duda, el jefe de Estado que mejor midió las consecuencias de la decisión espectacular de Francisco José. ¿Y qué decían en Berlín? Había pocas reacciones, algo que no sorprendía demasiado. La Triple Alianza funcionaba: no iban a contrariar al pobre Francisco José. Sin embargo, el silencio del káiser siempre era preocupante, aunque no tanto como sus declaraciones, generalmente ruidosas, contradictorias, paradójicas e insensatas. A diferencia de Eduardo VII, soberano constitucional a pesar de algunas extravagancias divertidas, Guillermo II era un monarca que disponía de grandes prerrogativas, y se consideraba a sí mismo el heredero de un poder absoluto y único amo del Imperio alemán. Siempre decía lo que pensaba, aunque incurriera en torpezas, malentendidos y provocaciones: un rasgo de carácter que ya deploraba su abuela, la reina Victoria. Ella no era la única que se inquietaba por eso. Guillermo siempre había sido inmaduro: también preocupó a su padre, Federico III, que murió demasiado pronto por un cáncer de laringe y apenas reinó noventa y nueve días en 1888.

Desde su llegada al trono de los Hohenzollern a la edad de veintinueve años, el imprevisible káiser, que empezó por despedir a Bismarck, se dedicó a molestar a todo el mundo, incluyendo a su gobierno y a su país, con total inconsciencia. Hay que dejar en claro –y es importante– que Guillermo II no era incompetente: lo que se le criticaba era su manera de reinar y de actuar en el lugar del gobierno. Era inteligente, pero desordenado e inconstante. En realidad, el amo de la Alemania imperial sufría de un terrible complejo. Su nacimiento, en Berlín, en 1859, había sido difícil y

tenía atrofiado el brazo izquierdo. Lo disimulaba como podía, pero sufría mucho por ello. “Es una discapacidad definitiva... Una lesión a la que no se le prestó atención en su momento y luego resultó incurable, impidiéndome toda libertad de movimiento”, confesó. Sin embargo, eso no le impidió ser un buen jinete y un brillante tirador.

FÍSICAMENTE ACOMPLEJADO, EL KÁISER INTENSIFICÓ SUS PRESENTACIONES ESPECTACULARES

Guillermo II compensaba esa desventaja con el espectáculo de su presencia. Detrás de sus larguísimos discursos, sus fastuosos viajes y sus apariciones francamente teatrales para mostrarse siempre en un primer plano, con uniformes extravagantes que disimulaban su brazo inerte, un casco coronado por un águila de alas desplegadas y el rostro adornado por tupidos bigotes cuyos extremos apuntaban hacia arriba, el soberano era impulsivo, inestable y altanero. Lo consideraban agresivo y belicoso, cuando en realidad era ante todo torpe y de un temperamento más bien pacífico. El káiser era irritable, desconcertante, y podía ser desagradable, en cualquier circunstancia y en pocos minutos, después de haberse mostrado encantador; un hombre temperamental en el poder. No obstante, a pesar de sus extravagancias, Guillermo II encarnaba una nueva generación de soberanos, que mezclaba el romanticismo (¡persistente!) de sus ancestros con el modernismo de un mundo progresivamente transformado por la técnica.

Gracias al estruendoso káiser, el 28 de octubre de 1908 fue una fecha importante, al mismo tiempo en la historia europea y en la de la prensa. Esa mañana, el *Daily Telegraph* de Londres, un diario conservador moderado que le debía una parte de su éxito a

su precio muy bajo, publicó una “entrevista” con Su Majestad imperial. Seguramente ofendido por el acercamiento de Nicolás II a Inglaterra, que se agregaba a la Entente Cordiale franco-británica concluida cuatro años atrás, el káiser confesó ingenuamente que, aunque era el emperador alemán, él también amaba a Inglaterra y a los ingleses. Protestaba contra las críticas infundadas que le hacían. Ese texto era una verdadera declaración de amor del emperador a Albión, cuyo arte de vivir decía admirar. Guillermo II juraba que era sincero: “La falsedad y la mentira son ajenas a mi naturaleza”. ¡Sin embargo, esa “entrevista” jamás existió! ¡Fue una maniobra íntegramente orquestada por el propio káiser! Guillermo II no se había reunido con ningún periodista: simplemente escribió diversos comentarios, en secreto, después de una estadía privada en Gran Bretaña, tras un viaje oficial. En su origen, había sido una reseña de algunas conversaciones que un oficial superior británico consideró interesantes. El káiser le envió un resumen de ese texto al canciller von Bülow para que le diera su opinión. Pero el diablo metió la cola: el jefe de gobierno estaba de vacaciones y les pidió a sus funcionarios que lo leyeran atentamente. El paquete de hojas “de una escritura ilegible” fue enviado de oficina en oficina y, finalmente, la maquinaria burocrática imperial decidió publicarlo. El *Daily Telegraph* se benefició con la exclusiva. Este caso puede considerarse como un ejemplo espectacular de error mediático a principios del siglo xx, pues revela la incompetencia de los servicios oficiales: ¡no supieron descubrir que Guillermo II se había entrevistado a sí mismo! Un escándalo dentro del escándalo.

LA ALEGRE VELADA EN HONOR DE GUILLERMO II TERMINÓ EN DRAMA

El canciller von Bülow le atribuyó la responsabilidad al soberano, enredado en explicaciones confusas. El contenido de la prosa del káiser era explosivo: Guillermo II sostenía, entre otras cosas, que gracias a él habían vencido los ingleses en Sudáfrica, en la Guerra de los Bóeres, cuando al principio había apoyado la causa de esos “valientes nórdicos”, enviando, en 1896, un telegrama de apoyo a su jefe Kruger, descendiente de una familia berlinesa. Detrás del agravio, aparecía el ridículo de una torpe fanfarronada. Esta provocó tanto la cólera de los británicos como la de los alemanes, y el descrédito personal del káiser, que, súbitamente atemorizado, tomó conciencia del desastre que había causado en la opinión pública. Se habló de limitar sus poderes. Hasta se dudó de su razón: ¿cómo había podido cometer ese error monumental, que superaba todo lo visto hasta entonces? Por primera vez desde la creación del Imperio alemán, se destruyó el vínculo de confianza y respeto que existía entre la nación y el monarca. Era urgente que el soberano reflexionara antes de expresarse y se asegurase de que la Cancillería aprobara sus palabras. Pero ¿cómo controlar un comportamiento tan irreflexivo, que oscilaba entre la ingenuidad y la petulancia? Muy afectado por el cuestionamiento de su legitimidad, herido en su orgullo, el nieto de la reina Victoria quedó postrado. Luego partió a cazar a Baviera. Infortunadamente, la fiesta organizada para él en el palacio del príncipe de Fürstenberg, que debía ser entretenida, se convirtió en una gran farsa, y luego en un drama.

El dueño de casa quiso inspirarse en la levedad vienesa en las anécdotas, las palabras subidas de tono y los números de cabaret. Los huéspedes del príncipe competían para divertir a un

Guillermo II taciturno, muy abatido. El jefe de su casa militar, el general von Hülsen-Haeseler, recordando las improvisaciones y los números cómicos que le habían gustado al káiser especialmente a bordo del yate imperial *Hohenzollern*, exhibió parte de su repertorio. ¡Llegó disfrazado de bailarina con un tutú rosa! Pero, lamentablemente, el general no tuvo tiempo de parodiar un ballet romántico: cayó fulminado por un ataque cardíaco. Tenía cincuenta y seis años. Guillermo II se sentía perseguido por la fatalidad. Al regresar a Berlín, guardó cama y pensó en abdicar. Una sola persona pudo ayudarlo a recuperar la confianza en sí mismo y recobrar una apariencia de equilibrio: su esposa, a la que llamaba Dona, nacida como Augusta de Schleswig-Holstein-Sonderburg-Augustenburg, en una familia a la que Prusia había despojado de los famosos ducados daneses que estuvieron en el origen de la guerra de 1864. Guillermo, en ese momento príncipe heredero, se casó con ella en 1881. Era un matrimonio por conveniencia, pero también por amor, bendecido por siete hijos: seis varones y una niña. Dona, una aristócrata de modales sencillos, era, según su marido, “un modelo perfecto de virtudes cristianas y germánicas”. La estimaba sinceramente, pero lamentaba que siguiera siendo una provinciana. La emperatriz, sumisa y tenaz, se ocupaba de obras de caridad y no ejercía ninguna influencia política sobre Guillermo II. En cambio, su rigorismo luterano resultó ser un inconveniente diplomático. La esposa de Guillermo II detestaba a su prima Alejandra de Rusia, porque no le perdonaba su conversión a la religión ortodoxa. Esto no ayudaba precisamente a los Hohenzollern a acercarse a los Romanov. Por otra parte, las relaciones anglo-germánicas se habían deteriorado por la acelerada construcción, dirigida por el almirante Tirpitz, de una flota imperial alemana destinada a competir con la Royal Navy, e incluso

a superarla. Del mismo modo, Augusta detestaba al excéntrico rey de los belgas, Leopoldo II, tanto por su mercantilismo con respecto al Congo, como por su conducta de mujeriego. En 1900, entró a la vida de este rey una amante francesa, cuarenta y ocho años (!) menor que él: ante el asombro general, tuvieron dos hijos. “Con la ayuda de Dios”, decía el rey. ¡“Con el ayudante de campo”, respondieron los caricaturistas!

A mediados de noviembre, cuando Guillermo II, muy deprimido, recibió a su canciller Bernhard von Bülow en Potsdam, la abnegada Augusta fue al encuentro del visitante. Lo esperó en el quinto y último escalón de la terraza del Nuevo Palacio, un monumento barroco de cuatrocientas habitaciones y trescientas veintidós ventanas. Von Bülow había ido a pedirle a su soberano que moderara sus intervenciones y escuchara a su gobierno. Pero la emperatriz le dijo:

–Sea muy bueno y suave con el káiser. Está completamente destruido.

LA ESPOSA DEL KÁISER QUEDÓ HORRORIZADA POR EL HARÉN DEL SULTÁN

La emperatriz siempre había sido afable y digna, incluso en 1898, durante la visita de la pareja imperial a Constantinopla, que mostró el interés del káiser por el Imperio otomano, al encargarse de reorganizar su ejército de jenízaros y de obtener la construcción del ferrocarril que uniría el Bósforo con Bagdad. Había obligado a Dona a aceptar la invitación del sultán para visitar su harén. Al principio, ella se negó. Ante la insistencia de su marido, finalmente aceptó. Quedó pasmada: “¡Dios! Una multitud de mujeres gordas con ropa de París, que les queda mal. Comen dulces y almendras, y parecen aburrirse mucho”.

Personalmente debilitado, obligado ahora a respetar los límites constitucionales de su poder, Guillermo II no reaccionó, en un primer momento, ante la anexión de Bosnia y Herzegovina. Pero luego, al aprobar ostensiblemente a su aliado Francisco José, calmó al mismo tiempo la potencial enemistad de San Petersburgo.

Austria-Hungría logró llevar a cabo su operación de ampliación territorial, inadmisibles para algunos países. El siguiente ataque contra el Imperio otomano provino de un país europeo políticamente mucho más joven, pero también ávido de extender su zona de influencia. El 29 de julio de 1900, el cuarto rey de Italia, Humberto I, fue asesinado en Monza por un anarquista. El asesino, Gaetano Bresci, quería vengar la violenta represión de las manifestaciones obreras que habían tenido lugar dos años antes, y acusaba al rey de haber ordenado usar cañones contra los huelguistas.

Humberto I se había propuesto consolidar la monarquía respetando la Constitución y se mostró fiel a la Triple Alianza, que unía las políticas exteriores de Roma, Viena y Berlín. Su hijo, Víctor Manuel III, lo sucedió a los treinta y un años. A imagen de su reino, considerado en ese momento como “el más pequeño de los grandes países”, el nuevo soberano era de muy baja estatura, incluso según las normas de la época: medía apenas 1,53 m y sufría por ello, mientras que su primo paterno, el atractivo Amadeo II de Saboya-Aoste, se imponía con su altura de 1,98 m. El heredero del trono se consideraba a sí mismo un enano y sabía que los demás lo veían así. Era muy aplicado en su educación militar y científica, y llegó a reunir una excepcional colección de monedas.

En octubre de 1896, cuando todavía era príncipe de Nápoles, Víctor Manuel, de veintisiete años, consintió por fin en casarse. Hasta ese momento, ese proyecto no le había despertado mayor entusiasmo, sobre todo porque él no elegiría personalmente a su

esposa. Su madre, la altanera Margarita de Saboya, tenía ideas muy categóricas sobre las dinastías extranjeras: “Los Orleans traen mala suerte. Bélgica también. No quiero una austríaca y no podemos tener una inglesa”. En este último caso, porque la reina Victoria se hubiera negado a que una de sus nietas abjurara del protestantismo.

En efecto, la reina Margarita impuso la idea de que su nuera debía ser católica. Eliminó a una candidata francesa por ser chauvinista. Finalmente, la madre de Víctor Manuel dirigió su mirada hacia la margen oriental del Adriático y eligió a la futura reina de Italia: sería la princesa Elena de Montenegro, cuarta hija “exportada” de ese país magnífico, pero pobre y de difícil acceso.

Ortodoxa rápidamente convertida a la religión romana por orden de su suegra, Elena, de veintitrés años, era bonita, simpática, alegre, sana y muy culta. Sus ojos eran hermosos y su piel tenía la frescura otorgada por el aire montañoso. Hablaba varios idiomas y tenía talento para la pintura y el dibujo, que había estudiado en Dresde. Y era alta, mucho más alta que el rey. La boda, celebrada en Roma, en Santa María de los Ángeles, despertó sonrisas en la corte. La madre de Elena, furiosa porque su hija había abjurado de la religión de Bizancio, se negó a asistir a la ceremonia. El hermano de la novia y sus hermanas, salvo Ana, también estuvieron ausentes. En la familia de Saboya, hubo algunos comentarios sobre el origen rústico de la novia montenegrina, para sugerir la inconveniencia de ese matrimonio. A la salida de la misa nupcial, la duquesa de Aosta, que era princesa de Orleans y se consideraba superior a la ahora reina de Italia, se la presentó a una amiga con estas palabras incisivas:

—Mi prima, la pastora...

VÍCTOR MANUEL III ERA MUY PEQUEÑO, PERO SU AMBICIÓN ERA INMENSA

¿Influía su demasiado discreta presencia física sobre la (supuesta) falta de ambición de Víctor Manuel III? ¿Su frágil salud y su carácter nervioso le recomendaban ahorrar fuerzas? El nuevo rey viviría modestamente, sencillamente, casi en una austeridad de monarca nórdico, pero su voluntad era inmensa. Era trabajador, sobrio, se levantaba temprano y se acostaba temprano, reducía el ceremonial al mínimo en todos los actos de su vida pública, desterrando los desfiles y una etiqueta demasiado estricta. Para proteger su vida de familia, los soberanos dejaron incluso el palacio del Quirinal propiamente dicho y fueron a vivir a una residencia vecina, más burguesa que principesca: la Villa Savoia. La pareja cenaba a solas, pero lo hacía rápido y comía poco. Víctor Manuel III era tan minucioso en sus funciones reales –aun siendo muy limitadas, las hacía respetar– como en su pasión por la numismática.

Al igual que su padre, estaba absolutamente decidido a no intervenir de manera autoritaria en los asuntos del Estado, por respeto a la Constitución y por temperamento. Era desconfiado y detestaba los excesos, las extravagancias y las multitudes. Más tarde, sufriría mucho por una representación del poder basada en lo espectacular y lo desmesurado. Sin embargo, el rey de los ojos vivaces, del gran bigote gancho y del mentón voluntarioso no era un tímido. Su mayor placer era conducir un automóvil (tenía una docena, principalmente de marcas francesas, en las antiguas caballerizas de su padre) y circular por Roma sin ser reconocido, ocultando su rostro bajo una gorra de chofer y anteojos enmarcados en cuero. Pocas veces sobrepasaba los 60 kilómetros por hora: no sucumbía al vértigo de la velocidad. Se sintió orgulloso de llevar a Nicolás II en un Fiat de 24 CV, ya que el zar de Rusia sólo había manejado

autos Renault. La reina lo acompañaba a menudo en sus escapadas motorizadas, feliz de ir a algún almuerzo campestre imprevisto. A Víctor Manuel III le gustaban las alegrías simples.

Desde su llegada al trono, Italia se había acercado diplomáticamente a Francia y Gran Bretaña. El rey seguía desconfiando de Austria. Que ciudades como Trieste y Trento se encontraran bajo la autoridad de los Habsburgo era para él tan insoportable como que el Territorio Imperial de Alsacia y Lorena estuviera sometido a los Hohenzollern. La Triple Alianza era un suplicio para el rey de Italia: ¡se consideraba amenazado y humillado por su aliado! Cuando Guillermo II y su canciller lo visitaron el 1º de mayo de 1903, el káiser no resistió el placer de hacerse escoltar por oficiales gigantescos. Von Bülow consideró una crueldad exhibir a esos hombres tan altos, a veces de más de 2 metros. ¿Era inteligente humillar de ese modo a Víctor Manuel III? ¡En todo caso, fue inútil, ya que el rey mismo había conformado una guardia cuyos miembros eran muy altos! La “fina broma” de Guillermo II fracasó.

El rey les dijo a sus visitantes:

–Italia no puede permitir que Austria se extienda por los Balcanes y la costa del Adriático: es una cuestión de supervivencia para nuestra dinastía.

Entonces, en forma sorpresiva para los presentes, el canciller alemán defendió a los Habsburgo:

–Austria-Hungría no tiene ninguna ambición territorial en Albania ni en Macedonia. Solo tiene algunos derechos sobre Bosnia y Herzegovina, otorgados por el Congreso de Berlín de 1878.

Cuando, en esa misma reunión, el káiser aseguró que quería la paz y calmar a los excitados serbios, húngaros, rumanos y otros, Víctor Manuel III y su gobierno no parecieron muy convencidos. Cinco años más tarde, en 1908, durante una reunión en Venecia con

el rey de Italia, el káiser rechazó toda discusión sobre la situación en los Balcanes.

Sin embargo, deberían haber hablado sobre ese tema. La crisis balcánica sorprendió a Europa y también a Guillermo II, que se enfureció, al igual que Eduardo VII, por haberse enterado de la anexión casi al mismo tiempo que todo el mundo. Francisco José los había engañado. Pero ¿quién podía pensar realmente que ese era solo un comienzo? Fue un verdadero terremoto. Y lo seguirían otras ondas de choque.

1911. ESTUPOR: EL REY DE ITALIA ENTRÓ EN GUERRA CONTRA EL IMPERIO OTOMANO

Era indispensable hablar de los Balcanes, porque Italia tenía la mira puesta en las costas que estaban frente a las suyas, del otro lado del mar Adriático: Albania, que seguía siendo una provincia otomana y también suscitaba la codicia de Serbia, en busca de una salida al mar. Pero ante todo y desde hacía ya varios años, otra costa turca, que estaba enfrente, pero esta vez en África del Norte, despertaba el apetito del reino de los Saboya: la Tripolitana, Fezán y Cirenaica (la actual Libia). Tardíamente unificada, Italia, pequeño Estado con un pasado inmenso, no tenía un imperio colonial. Roma deseaba extender su influencia y recuperar al menos una parte de su antigua herencia, que aún estaba bajo la dominación otomana en África del Norte.

Pero en el verano de 1902, Roma y París se habían puesto de acuerdo en secreto: en caso de una redistribución de los territorios, Francia tomaría el control de Marruecos, e Italia tendría las manos libres en Libia. Esos acuerdos formaron parte de una política de

concesiones destinadas a debilitar la influencia de la Triple Alianza sobre Italia, que era su miembro menos sólido. El zar Nicolás II, por su parte, aceptó el Pacto de Racconigi establecido con Víctor Manuel III en 1909, por el cual Rusia reconocía los intereses especiales de los italianos en Libia, a cambio del apoyo de estos a las reivindicaciones rusas sobre los estrechos del Bósforo.

En el contexto europeo de expansión colonial generalizada, no era extraño que el más reciente de los Estados también buscara allí su parte, agregando un sueño de reconstitución del África romana. La búsqueda de un pasado glorioso legitimaba la posición italiana. Italia había intentado una conquista de Etiopía en la década de 1880, que terminó con la victoria de los abisinios en 1896. Otros italianos volverían allí más tarde. Poco a poco, la opinión pública de la península había sido preparada para una conquista, pero se trataba de atacar al Imperio otomano en un nuevo frente, después del de los Balcanes. Encontraron un pretexto fácil en junio de 1911, cuando el gobierno británico reveló “medidas vejatorias” contra los súbditos italianos que residían en Trípoli. El primer ministro de Víctor Manuel III se aseguró de que Londres, París y San Petersburgo apoyaran una intervención para ayudar a los maltratados italianos. De hecho, Francia y Gran Bretaña ya estaban presentes en la cuenca mediterránea: la primera en Marruecos y Túnez, y la segunda en Chipre. En cuanto a Rusia, era tan inmensa que el zar no tenía pretensiones más allá de los mares. Sin embargo, aunque desde hacía años la agitación balcánica trataba de expulsar a los turcos de la región, atacar la obediencia a Constantinopla en África del Norte era una ambición mucho más seria. Este cambio de localización sería decisivo: “El ataque italiano a Trípoli lanzó el proceso que llevaría a la guerra”, señaló acertadamente el historiador australiano Christopher Clark. Y recordó lo que había dicho

en 1924 Miroslav Spaljković, ex jefe de gabinete del Ministerio de Relaciones Exteriores serbio: “Los acontecimientos que siguieron no fueron más que la consecuencia lógica de esa primera agresión”.

Aunque Víctor Manuel III no tenía un conocimiento profundo de los detalles de la política interior de su país, cultivaba una relación permanente con sus ministros y respaldó firmemente la decisión de su jefe de gobierno, Giovanni Giolitti, que fue la de atacar a Libia, regencia más o menos autónoma del Imperio otomano. Como la mayoría de los soberanos de su tiempo, el rey de Italia estaba muy interesado en la política exterior, y la erigió en dominio reservado. Después de enviar un ultimátum a fines de septiembre, el 3 de octubre de 1911, la flota italiana bombardeó Trípoli. Por un lado, esta operación, considerada como menor en aquella época, fue en realidad uno de los desencadenantes de los conflictos que sobrevendrían. Por otro lado, fue una guerra totalmente moderna, ya que se emplearon en ella medios nuevos, como vehículos blindados, y también aviones y dirigibles, en los primeros bombardeos aéreos de la historia. El 5 de octubre, las tropas del reino de Víctor Manuel III, veinte mil hombres, desembarcaron en Trípoli. Entre los oficiales otomanos que se destacaron al rechazar, en Tobruk, a fuerzas italianas diez veces más numerosas que las suyas, estaba Mustafá Kemal, al frente de beduinos libios. También hay que decir que Italia se esforzó por conseguir el apoyo diplomático de la Triple Entente (Francia, Gran Bretaña, Rusia), pero curiosamente no buscó el de sus aliados directos de la Triple Alianza, Alemania y Austria-Hungría.

Aunque solo controlaba la franja costera, frecuentemente asediada por los turcos, el 5 de noviembre de 1911, Víctor Manuel III firmó un decreto que declaraba su soberanía sobre Libia. Esto provocó una conmoción geopolítica considerable. El mundo ya había

cambiado mucho y algunos de sus ilustres dirigentes habían desaparecido: el tiránico Leopoldo II murió el 17 diciembre de 1909, tres días después de casarse con su amante francesa. Su sobrino, Alberto I, era el nuevo rey de los belgas. En Rusia, el muy sagaz primer ministro Stolypin, que representaba la última chance de triunfo del régimen zarista, gravemente herido por un anarquista en un teatro de Kiev, falleció tras cinco días de agonía, el 5 de septiembre de 1911. El asesino había contado con inquietantes complicidades. En Gran Bretaña, Eduardo VII murió el 6 de mayo de 1910, como consecuencia de varios ataques cardíacos. Sus últimas palabras fueron: “No abandonaré: continuaré, trabajaré hasta el final”. Quince meses antes, en su última visita oficial a Berlín, el rey, que solía ser tan jovial, se había enojado por una serie de incidentes protocolares, ridículos pero reveladores. También la reina Alejandra detestaba la rigurosidad prusiana, pero era importante que ambos se mostraran siempre amables y sonrientes. Un error del protocolo y una confusión de horarios hicieron que el rey se retrasara: aún se estaba vistiendo, trabajosamente, con su uniforme de mariscal alemán, ¡cuando la guardia de honor empezó a tocar *God Save the King!* Fue una situación graciosa, pero Eduardo VII, pálido y cansado, se enfureció. No soportaba esa hipocresía en la vestimenta: usar un uniforme de una monarquía vecina, incluso a título honorífico, durante una visita, ¿podía evitar acaso entrar en guerra más tarde contra ese reino? A Guillermo II, en cambio, le encantaban esas metamorfosis de vestuario. Se extasiaba ante las virtudes presuntamente pacificadoras de esos uniformes, de cualquier país que fueran. Incluso cuando no existía ningún peligro: el 3 de septiembre de 1912, por ejemplo, al llegar a la estación de Zúrich en su tren especial en una visita oficial a Suiza, el káiser se presentó vestido de comandante de cuerpo del ejército helvético y

fue recibido por el presidente de la Confederación, Ludwig Forrer, lógicamente vestido de civil, con el sombrero de copa en la mano y el concepto de neutralidad en su discurso. El atuendo del káiser no despertó preocupación porque este tenía fama de ser más fanfarrón que belicoso.

EL NUEVO REY DE GRAN BRETAÑA QUERÍA SER OFICIAL DE MARINA

El hijo de Eduardo VII era el nuevo soberano británico, con el nombre de Jorge V. Para asistir a su coronación en Londres, el 22 de junio de 1911, un norteamericano pagó 25.000 libras por el alquiler de un apartamento situado en el camino que recorrería el cortejo. Todos esos hombres de gran valor que habían desaparecido, ¿hubieran podido evitar el cataclismo? Se impusieron otros, como el rey Pedro I de Serbia, que realizó una visita oficial a París en septiembre de 1911. El Ministerio de Relaciones Exteriores fue transformado en un verdadero palacio real y la multitud aplaudió, entusiasta, al visitante, que había luchado del lado de Francia en la guerra de 1870. En cuanto al príncipe Nicolás de Montenegro, fortalecido por tener yernos tan prestigiosos, rechazó, el 28 de agosto de 1910, la definición de principado para su país y se proclamó rey con el nombre de Nicolás I, apoyado por el Parlamento, para no depender más ni del Imperio otomano ni de Serbia. En ese momento, era un igual dinástico de sus vecinos y yernos. Un león y un águila de dos cabezas constituían su escudo de armas sobre la bandera nacional. Desde 1906, el nuevo rey estaba orgulloso de acuñar su moneda, el *perper*, que hizo modificar. Y era indudable que haría hablar de él desde su pintoresca capital de Cetiña, donde había nacido: una aldea ubicada a 670 metros de altura. Esta se había

desarrollado en el siglo xv alrededor de un monasterio y fue incendiada tres veces por los turcos. Cetiña –donde se aglutinaban unos cinco mil habitantes– tenía un encanto anticuado: a partir de ese momento, contaría con una multitud de legaciones (¡los diplomáticos se quejaban de tener poco lugar!), casi más numerosas que las residencias, suntuosas y burguesas, de las grandes familias locales. Aunque el país del rey Nicolás I solo tenía alrededor de 230.000 habitantes, su hija Elena, reina de Italia, regía a través de su marido a 30 millones de italianos. Su padre nunca dejaba de recordarles eso a sus huéspedes cuando visitaban su modesto palacio de Cetiña: el Konak (una palabra serbia). Para su elevación al rango de capital real, Nicolás I, ex alumno del liceo Louis-le-Grand de París, adornó la ciudad con guirnaldas de flores y arcos de triunfo, mientras el progreso técnico iluminaba las calles con electricidad. Tanta magnificencia hizo que circularan, sin pruebas, rumores de venalidad. ¿Acaso el amo de Montenegro no había vendido a sus hijas? Sin embargo, no había que olvidar el camino recorrido desde que el Congreso de Berlín, en 1878, le había permitido duplicar la superficie y la población de su país, que ahora parecía una subprefectura francesa.

El jueves 14 de marzo de 1912, en Roma, Víctor Manuel III, acompañado por su esposa, se salvó de un atentado cuando se dirigía al Panteón para asistir a un oficio a la memoria de su padre. Un albañil anarquista de veintiún años, elegantemente vestido, disparó dos veces contra el rey, sin dar en el blanco. Este, que reinaba desde hacía doce años, gozaba de una enorme popularidad: su vida estaba totalmente consagrada a su deber y su vida familiar. La población se indignó, sobre todo porque el padre del monarca, Humberto I, había sufrido tres atentados: el tercero, fatal. Víctor Manuel III y la reina Elena fueron aclamados. La gente también gritaba “¡Viva

Saboya!", mientras el cortejo regresaba al Quirinal, después de que los soberanos visitaran a un oficial herido al caer de su caballo, presionado por la multitud.

El 18 de octubre de 1912, para poner fin a la costosa guerra de Libia, Italia y el Imperio otomano firmaron, en un hotel cercano a Lausana, el Tratado de Ouchy. Frente a las amenazas de la flota italiana en el mar Egeo (Roma también había enviado ocho submarinos al Bósforo), el gobierno turco le cedió Tripolitana y Cirenaica al reino de Italia. El Imperio otomano perdió sus últimas posesiones africanas. Como contrapartida, Italia devolvió la isla de Rodas y la veintena de islas del Dodecaneso que había conquistado sin dificultades. Se firmó la paz rápidamente porque varios Estados balcánicos querían aprovechar la derrota militar otomana para eliminar la autoridad del sultán sobre el resto de sus territorios europeos. Terminar con el "hombre enfermo de Europa", como se llamaba en esa época al Imperio otomano, era una obsesión. La exportación de la guerra a Libia por parte de Italia había estimulado las reivindicaciones patrióticas en el sur de Europa. Una oportunidad que era necesario hacer fructificar. Después de la anexión de Bosnia y Herzegovina y la de Libia, los nacionalismos, las ideas liberales y la sublevación de las poblaciones cristianas tenían un enemigo común: el Imperio otomano. Esos odios transformarían las insurrecciones crónicas en guerras balcánicas. Y estas encenderían el fuego en "el polvorín"...

1912: EL REY DE MONTENEGRO DESENCADENÓ LA PRIMERA GUERRA BALCÁNICA

¿Sería un complejo de inferioridad? El 8 de octubre de 1912, cuando la guerra ítalo-turca aún no había terminado oficialmente,

Montenegro se atrevió a atacar al Imperio otomano invadiendo Albania: Nicolás I inició las hostilidades contra el gobierno del sultán, imitando a su yerno Víctor Manuel III. Raymond Poincaré, que era en ese momento presidente del Consejo francés, se preocupó por esa audacia y por la ambición del más reciente monarca de los Balcanes: “El rey está lleno de precipicios, como Montenegro”, dijo. El interesado, que había puesto en marcha la maquinaria infernal, exclamó:

—¡Yo le prendería fuego al mundo para freír un huevo!

Invadió el norte de Albania, su vecina, cuya población, aunque era en su mayoría musulmana, se rebelaba permanentemente contra el Imperio otomano. El reyezuelo de opereta desesperaba a las cancillerías. En efecto, una semana atrás, había empujado a Bulgaria, Serbia y Grecia a lanzar un ultimátum a los otomanos, exigiendo la evacuación de Macedonia y del gran puerto de Salónica porque, al oeste del Bósforo, era una de las puertas de entrada a Europa de una importante población turco-islámica que había llegado a fines de la Edad Media. Esta había expulsado a las tribus eslavas hacia las montañas, pero la situación no podía durar. Dos días más tarde, las tropas montenegrinas, integradas por treinta y seis mil hombres, y cuya existencia conocían pocas personas en Europa Occidental, fueron las primeras de la Liga Balcánica —de la que formaban parte los serbios (cercanos en todos los aspectos a los montenegrinos), los búlgaros y los griegos— en bombardear las posiciones otomanas.

Esta coalición recibió la bendición de Rusia: el zar Nicolás II esperaba, como siempre, una derrota turca que le abriera el acceso a los Estrechos. Sin embargo, como protector de los eslavos, se preocupaba por las rivalidades entre ellos, y más aún por la eventualidad de una hemorragia muy grave de su hijo. Pero el deber

sagrado de apoyar a sus hermanos era tan importante que, como dijo sir Arthur Nicholson, embajador de Su Majestad británica en San Petersburgo, al salir de una audiencia con Nicolás II, “indudablemente, la tradición que heredó de su abuelo, el zar liberador [Alejandro II], y la influencia de los miembros de la familia imperial que establecieron alianzas con las dinastías griega, serbia y montenegrina, podrían pesar fuertemente en sus decisiones”.

Francisco José, directamente afectado por ese conflicto, pronosticó una victoria de la Liga y se preparó para desempeñar el papel de árbitro entre los vencedores que, a su juicio, se destruirían entre sí. En ese sentido, tenía razón, ya que Turquía fue rápidamente vencida y se batió en retirada hasta 30 kilómetros de Constantinopla, bajo los ataques búlgaros. Aunque el resultado era previsible, sorprendió su rapidez. El rey de Montenegro ganó sus galones de soberano al conquistar y sitiar Shkodra, en Albania. Su bandera izada sobre la fortaleza le valió los elogios de los serbios. Él esperaba obtener la estima y el apoyo de Rusia. ¿Acaso no había dicho Alejandro III una vez que Nicolás de Montenegro era “el único verdadero amigo de Rusia”? Ahora, quería ser tomado en serio y no quedar ya relegado a un papel secundario. Pero al ver que en San Petersburgo empezaba a molestar su impetuosidad, se retiró de Shkodra: la cuestión de Albania sería tratada más adelante.

Los combates terminaron el 3 de diciembre de 1912, cuando el Imperio otomano reconoció su derrota: sus tropas habían estado demasiado dispersas y su logística tuvo graves fallas. Grecia no se incorporó al armisticio. El 1º de enero de 1913, se inició una conferencia de paz en Londres. Mientras se desarrollaban los debates, que duraron cinco meses, dos acontecimientos monárquicos provocaron oleadas de emociones contradictorias.

EN RUSIA, NICOLÁS II CELEBRÓ A LOS ROMANOV CON UN ENTUSIASMO ENGAÑOSO

En la mañana del 21 de febrero de 1913, una salva de artillería despertó a San Petersburgo. La capital vibró, pero sin que se resquebrajara la espesa capa de hielo que cubría el Nevá. Se dispararon treinta y un cañonazos desde la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Así comenzó una imponente celebración: la del tercer centenario del advenimiento de un Romanov al trono de Rusia. En Nuestra Señora de Kazán, un patriarca se dispuso a celebrar el oficio de acción de gracias que marcaba el inicio de las ceremonias religiosas. A lo largo de la famosa avenida Nevski, los soldados formaron una barrera humana y la multitud pugnaba por ver pasar a los soberanos y su familia en el cortejo imperial. El rostro del zarévich Alexis se retorcía de dolor. Este niño de nueve años estaba siempre bajo la amenaza de sufrir una hemorragia, aun cuando las manipulaciones del “sanador” Rasputín parecían mantenerlo con vida. El heredero, visiblemente débil, era llevado en andas por un enorme cosaco de cabeza rapada. La madre de Alexis, la zarina Alejandra, con una tiara en la cabeza y gran dignidad, contemplaba la escena con una mirada de angustia, temiendo a cada instante un malestar de su hijo. Una pesadilla. Por el pueblo, en cambio, la emperatriz parecía mostrar un “glacial desdén”, según la princesa Radziwill. El zar Nicolás II esperaba hacer olvidar su reputación de “Nicolás el sanguinario”, desde la salvaje represión que había ordenado contra una manifestación pacífica durante el siniestro Domingo Rojo de 1905: el más trágico malentendido que manchó su reinado.

Dos días más tarde, se ofreció un suntuoso baile en la sala de las columnas de la Asamblea de la nobleza. Luego, en el teatro Marinski, los invitados asistieron a una función de la ópera *Una vida*

por el zar de Glinka, padre de la música rusa. En el segundo acto, en la mazurca bailada por el Ballet Imperial, el monarca aplaudió a la Pávlova y a la etérea bailarina Mathilde Kschessinska, que había sido la amante de Nicolás cuando este aún era el gran duque heredero. La elección de este espectáculo no fue casual: la acción se sitúa en 1613, cuando Miguel I Romanov había logrado arrancarles a los polacos la independencia de Rusia. La obra es fundamental en la cultura rusa porque marca el nacimiento de su ópera nacional y acompañó a los Romanov en su epopeya. Se esperaba que Nicolás II otorgara una amnistía general para los delitos políticos, pero el zar aceptó liberar solo a algunos delincuentes comunes. Se realizaron ceremonias en diversas ciudades, como en Moscú, donde la familia imperial fue objeto, en el Kremlin, de una enorme curiosidad y varias expectativas.

En 1913, la economía de Rusia se recuperó. Se notaba cierto bienestar, aunque distribuido en forma desigual: la alfabetización hizo notables progresos, ya que la cantidad de analfabetos disminuyó un 25% en quince años. El prestigio europeo del Imperio podía comprobarse, por ejemplo, en las presentaciones triunfales de los ballets rusos en París y Londres, o en la finalización de la línea del *Transiberiano* gracias a diversos préstamos: estos eran una muestra de la confianza en esas reformas que simbolizaban el progreso. Este mítico ferrocarril abría nuevas perspectivas. La estabilidad de la moneda era una garantía de seriedad. La flota del Báltico, traumatizada después de la derrota de Tsushima contra Japón, se reconstruyó con cinco acorazados, cuarenta y nueve cazatorpederos y veintitrés torpederos. Nació la aviación marítima. En San Petersburgo, había ya 2855 automóviles, de los cuales 221 eran propiedad del Estado, y 328 taxis. Empezó a difundirse el teléfono: Rasputín pudo ofrecer muchas “consultas” gracias a ese aparato

instalado en su casa, en prioridad. La cuestión agraria –el problema más delicado– fue solucionada en parte por el Banco Campesino de Tierras, que le permitió a la inmensa población rural adquirir, a crédito, tierras que el Estado les había comprado a los nobles. De este modo, a partir de 1905, 9,5 millones de hectáreas cambiaron de manos. Por supuesto, esta inteligente política no fue suficiente para resolver todas las dificultades cotidianas de un país tan vasto, pero la redistribución dio sus primeros frutos.

Los festejos de ese tricentenario mostraron un recobrado fervor nacional. Desfilaron en las memorias y en los corazones tres siglos de historia, presentados como una cadena ininterrumpida de victorias y de resultados variados. En realidad, esa reconciliación era ficticia, porque hechos como la insurrección del *Potemkin*, en 1905, o los conflictos político-sociales y las culpas del régimen no podían borrarse ni perdonarse por medio de fiestas y bailes. Las celebraciones presididas por Nicolás II eran engañosas.

EN GRECIA, EL SOBERANO, HÉROE DE LA GUERRA BALCÁNICA, FUE VÍCTIMA DE SU MODESTIA

El 18 de marzo de 1913, a las 18.30, el rey Jorge I de Grecia fue asesinado en Salónica por un enfermo mental, pocos meses antes del quincuagésimo aniversario de su llegada al trono. El soberano, alto, delgado, con un bigote fino y ojos grises que siempre parecían acompañar a una sonrisa, tenía la costumbre de dar un paseo todas las tardes. Para preservar su intimidad, solía hacerlo sin su custodia. Le gustaba deambular, con su bastón en la mano. Así lo veían en París, donde lo apodaron “el rey del bulevar”. Su asesinato, Alexandros Schinas, un anarquista griego, no le dio ninguna

oportunidad: el rey recibió un disparo en la espalda y murió en forma instantánea. Este príncipe de Dinamarca había sido nombrado rey en 1863, a los diecisiete años, por la Asamblea Nacional de una Grecia desordenada desde su independencia y la abdicación del anterior soberano, un bávaro, el rey Otón de Wittelsbach, un tío de Sissi, que había huido en un buque de la Royal Navy. La esposa del difunto rey había nacido como gran duquesa Olga de Rusia y su padre había sido un consejero influyente del zar Alejandro II. La boda se celebró en 1867, en San Petersburgo, en la capilla del Palacio de Invierno. El rey Jorge era discreto, serio, amable y todos lo respetaban, sobre todo porque tras su coronación logró que Inglaterra le devolviera a Grecia las islas Jónicas. Aunque había sufrido reveses políticos, para el “rey de los helenos” (título que eligió para identificarse con las aspiraciones nacionales) aquello significó un triunfo: cinco meses antes, el 9 de noviembre de 1912, había entrado a Salónica, la fortaleza turca que había capitulado el día anterior. Él fue uno de los vencedores emblemáticos de la guerra balcánica. Desde ese momento, el rey Jorge decidió radicarse en esa ciudad conquistada al enemigo secular. Su hijo Constantino, que lo acompañó en ese día de júbilo del 9 de noviembre de 1912, lo sucedió a la edad de cuarenta y cuatro años. Se había cubierto de gloria al frente de los ejércitos griegos, al tomar Salónica en el este y liberar, en el oeste, Epiro y Jánina. Un éxito completo, incluso para la marina griega que se había apoderado de Chío, Samos y Lesbos. La esposa del nuevo soberano griego, nacida como Sofía de Prusia, era hermana del káiser Guillermo II. La guerra los había obligado a dejar su pequeño palacio de Atenas, donde les gustaba vivir sencillamente con sus tres hijos y sus tres hijas.

1913. EL ZAR DE LOS BÚLGAROS TRAICIONÓ A SUS ANTIGUOS ALIADOS... ¡Y FUE VENCIDO!

El 30 de mayo de 1913, la Conferencia de Londres obligó al Imperio otomano a reconocer la pérdida de sus territorios europeos y retirarse al este de Adrianópolis (hoy Edirne, frontera búlgaro-turca). Sin embargo –y esto es muy importante–, no se le impugnó al Imperio otomano ni el territorio de Estambul-Constantinopla, ciudad turca en Europa, ni el control de los Estrechos. La paz impuesta en los Balcanes era frágil, porque no había acuerdo sobre el reparto del botín otomano, especialmente entre Serbia, Grecia y Bulgaria. Ninguno de los Estados vencedores estaba satisfecho. Albania se declaró independiente, como “principado soberano y hereditario bajo la garantía de las grandes potencias”, privando a Serbia, una vez más, de una salida al mar: esto satisfacía ampliamente a Austria-Hungría. Fernando de Bulgaria se volvió contra sus aliados reclamando una salida al mar Egeo: en este caso, Salónica y Tracia, bajo dominación griega. Pedro I de Serbia mantuvo sus tropas en una región reivindicada por los búlgaros, que eran apoyados por Francisco José. Las grandes potencias esperaban haber apagado el incendio balcánico. Pero el fuego seguía latente...

El nuevo conflicto comenzó en la noche del 28 al 29 de junio de 1913. Constantinopla se alegraba por la discordia entre sus antiguos adversarios, con la esperanza de recuperar una parte de sus territorios perdidos, entre ellos, Adrianópolis. Esto ocurrió en julio, permitiéndole así al Imperio otomano mantener su presencia en Europa. Por causa de Bulgaria y sobre todo de su monarca, se produjo entonces un espectacular trastrocamiento de alianzas: Montenegro, Serbia, Grecia, Turquía y una recién llegada, Rumania, estaban en guerra contra Bulgaria. Durante el primer

conflicto balcánico, Fernando de Bulgaria había cumplido con una curiosa costumbre del país: al entrar a un territorio conquistado por sus ejércitos, pisoteó los banderines y las armas tomadas al enemigo y la prensa ilustró ampliamente esa escena. Fernando le quiso demostrar al pueblo combatiente que él era un verdadero búlgaro. El zar, demasiado seguro de sí mismo, se equivocó al enfrentarse con sus aliados. Su oportunismo lo llevó a la catástrofe. En menos de un mes, Bulgaria fue aplastada y debió firmar la paz en el tratado de Bucarest, el 10 de agosto. Sus condiciones fueron muy duras para el régimen de Sofía, que perdió muchos territorios conquistados el año anterior, ocasionando el desplazamiento de unas quinientas mil personas: Macedonia fue repartida entre Serbia y Grecia, Adrianópolis fue restituida a los turcos y el valle de la Dobrudja meridional, del Danubio al mar Negro, le correspondió a un reino cuya independencia también había sido reconocida por el Congreso de Berlín: Rumania. En 1912, Francisco José le había impedido intervenir en la Primera Guerra Balcánica, para no consolidar a Serbia, con la que Rumania tenía una buena relación. Esta permaneció entonces involuntariamente neutral, exasperada por no poder obtener una rectificación de fronteras, y sobre todo, furiosa por no apoderarse de Macedonia. Pero lo peor era la escasa consideración que le habían manifestado Viena y Berlín.

CARLOS I DE RUMANIA, UN ALEMÁN AUSTERO, TENÍA UNA ESPOSA EXCÉNTRICA

Algunos meses más tarde, en 1913, Rumania no pudo evitar hundirse en el infernal caldero balcánico. Su monarquía también había nacido de la división del Imperio otomano, pero además, de la

derrota de los rusos en la Guerra de Crimea en 1855 y de la visión, muy audaz aunque ya antigua, de Napoleón III. Su intervención había sido decisiva para unir, *de facto*, a los principados de Moldavia y Valaquia. Y como de costumbre, buscaron en el Gotha un príncipe disponible para reinar en los Cárpatos y Transilvania. Como de costumbre también, los primeros candidatos fueron descartados por complots, luchas de partidos y una inestabilidad ministerial endémica. Aunque encontrar un príncipe extranjero para dirigir un país nuevo era una tarea delicada, era casi imposible que un soberano autóctono escapara a las influencias, prebendas y rivalidades familiares que a veces se remontaban a la Edad Media, e incluso a la ocupación romana, ya que la historia se había escrito a menudo sobre el eje mar Báltico-mar Negro. Se necesitaba encontrar un candidato indiscutible.

Después de muchos años de caos y tutelas más o menos apremiantes de Rusia y Austria, sin omitir el papel de Francia, que siempre fue elogiado por los rumanos del siglo XIX, se produjo un milagro en la persona de un hombre cuyo advenimiento, por iniciativa de Napoleón III, se remontaba a 1866 y que seguía reinando en 1908, en el momento de la anexión de Bosnia y Herzegovina. Ese prodigio tenía un nombre: Carlos I, nacido como príncipe Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen, de la rama católica de la dinastía prusiana. Su ascenso al trono se desarrolló en tres etapas: primero fue un príncipe que reinó por plebiscito (reservado para personas de escasa instrucción), en 1878 se convirtió en Alteza Real, y finalmente, en rey de Rumania, en 1881. Europa reconoció rápidamente su legitimidad. Esa fue una gran diferencia con su primo, su vecino y más tarde su adversario Fernando I de Bulgaria. Dos alemanes en dos tronos balcánicos, pero dos monarcas que no se parecían en nada. Ambos cumplieron el sueño del rey de Prusia y primer emperador

alemán, Guillermo I, que deseaba “un Hohenzollern en el nacimiento del Danubio y otro en su desembocadura”.

En 1913, hacía cuarenta y siete años que reinaba Carlos I: un récord en medio de las convulsiones de Europa Central, con sus fronteras tan cambiantes. Fue para él un honor significativo que se firmara en su capital, Bucarest, reformada por arquitectos y urbanistas franceses, la paz que puso fin a la rápida Segunda Guerra Balcánica, en la que Rumania había participado. Esta fue una de las vencedoras. Gracias a Carlos I, este país que no existía medio siglo atrás, se convirtió en el primer Estado de los Balcanes. El monarca podía estar satisfecho. No demasiado alto ni atractivo, severo, escrupuloso y organizado, el hombre que aún era el príncipe Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen tenía veintisiete años en su entronización como príncipe reinante, cuando le confiaron ese nuevo Estado. Al haber servido en el ejército prusiano, utilizó sus cualidades de oficial para edificar una nación moderna. Rigor, abnegación y eficacia eran sus consignas. Sabía que después de los desórdenes, debía encarnar el orden. Lo respetaban siempre, le temían a menudo, lo admiraban a veces. Detrás de su barba entrecana, reía poco: no era rey para divertirse. Maniobraba hábilmente entre los escollos que significaban sus relaciones de parentesco (había prometido solemnemente no combatir la política del jefe de familia, es decir, la de su primo Guillermo II, que lo había autorizado a aceptar la Corona rumana), la vecindad austríaca y las ambiciones rusas. En la guerra ruso-turca de 1877, Carlos no se limitó a dejar pasar a las tropas de Alejandro III: él mismo recibió al zar, se puso al frente de los primeros destacamentos de un ejército rumano, y obtuvo la capitulación otomana tras las interminables batallas y el sitio de Plevén, y luego una marcha sobre Constantinopla. Esos éxitos militares le permitieron reconquistar a una opinión pública molesta por sus

sentimientos germanófilos durante la guerra franco-prusiana de 1870. La población lo había acusado de olvidar a Napoleón III y, comprometido por sus lazos familiares, Carlos estuvo a punto de abdicar. Tras elegir a un gran ministro liberal, Ion Brătianu, proveniente de la opulenta burguesía, a quien le encargó modernizar el país, Carlos impuso la igualdad de trato hacia la importante comunidad judía. La supresión de la discriminación antisemita, que figuraba en la Constitución de 1866, había irritado a la opinión pública.

Carlos, austero y pragmático, se casó con una mujer totalmente distinta de él, en 1869. La princesa Isabel de Wied, nacida en Renania, era una intelectual, conocida más tarde con el seudónimo poético de Carmen Sylva. La más artista de las soberanas. Seducía o exasperaba, pero no dejaba a nadie indiferente. No le gustaba el amor físico y hablaba de su matrimonio como de una “unión basada en la dedicación recíproca, el deber y un ferviente deseo de actuar lo mejor posible el uno hacia el otro, y hacia la nación sobre la que reinaba [su] esposo”. Era una mujer de modales principescos, extravagante en su manera de vestir, apasionada e irreflexiva, pero siempre consciente del efecto que producía en los demás.

¡CARMEN SYLVA CONFUNDIÓ REBAÑOS DE VACAS CON CAMPESINOS!

La reina era teatral y tenía la costumbre de registrar sus emociones y anotar sus pensamientos cuando meditaba en el bosque. ¿Extravagante? Por supuesto, con el delicioso sentido del espectáculo tan difundido en la *Mitteleuropa*. ¿Insoportable? A menudo. ¿Generosa? Un corazón de oro. ¿Caprichosa? ¡Sin duda! ¿Original? Más: un poco loca. Por otra parte, la reina decía ser republicana, pero no desdeñaba los honores y tomaba muy en serio su papel de

soberana. Su única pasión era ella misma: un personaje romántico y feérico que interpretaba el papel de reina. Su marido, desprovisto de fantasía, la descuidaba, aunque siempre estuvo muy apegado a ella. Sin embargo, sería injusto no intentar comprender el agravamiento de sus excentricidades. En efecto, después esa boda mixta –ya que ella era protestante y Carlos, católico–, se decidió, de acuerdo con la Constitución, que sus hijos serían educados en la fe ortodoxa. Desgraciadamente, la pequeña princesa María, nacida en 1870, murió de fiebre tifoidea a los cuatro años. Un terrible drama, al que se agregaba un problema dinástico, ya que la pareja no tuvo más hijos. Tras diversas negociaciones familiares, Carlos I y su esposa, devastados por la pérdida de su única hija, adoptaron a uno de sus sobrinos, Fernando de Hohenzollern-Sigmaringen, segundo hijo de un hermano del rey.

La reina Isabel se convirtió en un personaje del que toda Europa hablaba con una mezcla de piedad y diversión. En octubre de 1883, por ejemplo, la reina quiso recibir dignamente en Sinaia, en el castillo de Peleş en proceso de construcción, a los primeros pasajeros del Expreso de Oriente, que inauguraba la línea París-Constantinopla. Les había escrito un poema especial y ellos debieron escuchar, de pie, esa larga, demasiado larga elegía que honraba a los peregrinos de un nuevo arte de vivir. Más tarde, se vio a la reina definitivamente vestida de blanco, en señal de duelo por la pequeña María, descendiendo por el Danubio, en la proa del yate real. Agitaba una servilleta (!) para saludar, según creía, a unos campesinos que habían acudido al puerto para verla pasar. ¡Pero se trataba de un rebaño de vacas! La reina era miope. Hizo algo aún más extraño, luego, en el puerto de Constanza. Allí poseía una residencia estival. ¡Una noche –sufría de insomnio–, salió a la terraza en camisón y gritó con la ayuda de un megáfono para desearles

buen viaje a las naves que se encontraban en el puerto! El 14 de septiembre de 1912, en el mismo lugar, recibió a artistas franceses: el ilustrador Georges Scott y su esposa, cantante de la Ópera Cómica. Su opulenta cabellera blanca y su amplio vestido le daban a la soberana el aspecto de personaje de un cuento. Les explicó a sus huéspedes todos los detalles de su cesta de labores. Los visitantes quedaron perplejos. Aunque es cierto que los diplomáticos en funciones en Bucarest se divertían con sus caprichos, no hay que olvidar el desarrollo cultural que impulsó la reina en la corte de Rumania. Recibió al sensible Pierre Loti, cuyos libros tradujo al rumano, y a la espectacular Sarah Bernhardt para que presentara su repertorio en el teatro. La capital rumana se convirtió en “el pequeño París de los Balcanes” y vivía según la moda francesa.

El príncipe Fernando, heredero designado al trono, no tenía nada en común con su tío el rey. Nacido en 1865, era tímido, débil, rebelde a los reglamentos militares y parecía tenerle miedo al soberano. Le había faltado cariño en su infancia. Fernando se enamoró fácilmente de una dama de compañía de la reina, Elena Vacaresco. Esta provenía de una poderosa familia de Valaquia que había fomentado el renacimiento nacional y literario de Rumania. Elena Vacaresco era una mujer de letras: escribía en varios idiomas y uno de sus poemarios había sido premiado por la Academia Francesa en 1886. La joven tenía veinte años y era muy inteligente. Su idilio con Fernando le encantaba a la reina, que la protegió. Quizás esperaba desmentir lo que ella misma había escrito: “No creo en la posibilidad de un amor feliz”. ¡Por fin había amor en la corte! Cuando el rey Carlos se enteró de ese romance, montó en cólera, y también los miembros del gobierno: estaban alarmados ante la idea de un matrimonio que rebajara el nivel de la naciente dinastía. Había que evitar a toda costa una unión que llevara al trono

a una familia rumana. La Constitución estipulaba que el príncipe heredero no podía casarse con una rumana para no favorecer a un clan. Todos los esfuerzos realizados desde hacía veinte años corrían el riesgo de destruirse por las intrigas de esa aventurera. Una trampa que el inocente Fernando no había descubierto.

ESCÁNDALO EN BUCAREST: ¡LA REINA SE EXILIÓ EN VENECIA CON SU DAMA DE HONOR!

Se produjeron escenas terribles. El rey Carlos, inflexible, separó a los enamorados y envió por un tiempo a la reina a Venecia. Esta exigió que fuera con ella su dama de compañía, que, a su juicio, no era culpable de nada. En el hotel Danieli, que medio siglo atrás había cobijado amores románticos y tormentosos, la llegada, y sobre todo la permanencia, de la reina Isabel y Elena Vacaresco provocaron un escándalo más grande que el anterior, rodeado de comentarios ambiguos. Durante su alejamiento, vigilado por los agentes del rey, le encomendaron al ingenuo príncipe Fernando varias misiones militares muy distantes, para hacerle olvidar sus penas de amor, mientras sus padres y Carlos confeccionaban una lista de las princesas entre las cuales el heredero estaba obligado a encontrar una esposa conveniente. La monarquía rumana era demasiado reciente para permitirse fantasías matrimoniales. Pero Carlos I no había previsto que la reina, enojada por las motivaciones dinásticas que habían destruido aquella hermosa novela de amor, estaría tanto tiempo lejos de Bucarest. ¡Casi tres años de ausencia! Furioso, fue a buscarla, y la reina, que era muy amada, fue aclamada al regresar a Bucarest. Habían echado de menos sus actitudes pintorescas, aunque a menudo irritantes, y sobre todo su profunda gentileza.

Desde Balmoral, la reina Victoria le escribió a su hija mayor, el 25 de septiembre de 1894: “Espero y le ruego a Dios que todo marche bien y que Carlos se ocupe de ella”. Al parecer, por lo menos en público, Isabel nunca le reprochó su exilio a su real esposo. Elena Vacaresco partió hacia París, donde ya era conocida en los ambientes literarios. Allí tuvo éxito y durante varios años, su nombre estuvo unido al del importante premio literario Femina.

Fue Guillermo II, encantado con una misión que lo distraía de los acuerdos políticos y los desfiles, el encargado de encontrar a la futura reina de Rumania. No buscó demasiado lejos, ya que propuso a una de sus primas: la encantadora y sensata princesa María de Gran Bretaña, de dieciséis años. No solo estaba llena de virtudes, sino que sus alianzas realzarían el prestigio de la Corona rumana. Por el lado materno, era nieta del zar Alejandro II de Rusia, y por el lado paterno, nieta de la reina Victoria, que la llamaba “Missy”. Su padre era el duque de Edimburgo, convertido en el duque reinante de Sajonia-Coburgo-Gotha. Y como él era un vasallo de Guillermo II y ella estaba emparentada también con el rey de los belgas Leopoldo II, la estrategia del káiser fue un éxito diplomático completo. ¿Qué hubieran hecho sin él? ¡Nunca se privó de recordarlo!

La boda se realizó en enero de 1893, en el castillo de Sigmaringen, erizado de torres sobre una colina del Jura suabo, en el sudoeste de Alemania. Ese castillo, cuna de la dinastía y luego feudo de la rama católica del ilustre linaje de los Hohenzollern, con su panorama del alto valle del Neckar, parecía salido de una leyenda. Había sido reconstruido a mediados del siglo XIX, en estilo neogótico. Un pastiche que Carlos I reproduciría al mandar construir Peleş, en las estribaciones de los Cárpatos. En la inmensa construcción decorativa que era Sigmaringen –que ya no tenía nada de defensivo–, esperaban que la reina Victoria, el príncipe de Gales –futuro

Eduardo VII– y el duque de York –futuro Jorge V– asistieran a la ceremonia. Pero no lo hicieron: quizá consideraron que esos festejos eran demasiado germánicos para una princesa inglesa. Ella se había vuelto rumana y estaba deliciosamente ataviada con el traje nacional. Su tía Isabel –que se refugiaba en la escritura, aunque solía decir: “No escriban si pueden evitarlo”– instruyó a la novia sobre sus deberes hacia su nuevo país y su marido, apodado “Fernandino” o “Nando”. Pero rápidamente, la reina empezó a actuar como una guardiana autoritaria y controlaba todos los compromisos de la joven pareja, inundándola de consejos. Sin duda, el recuerdo de la pérdida de su hija era imborrable y su instinto maternal estaba frustrado. Cuando los príncipes herederos tuvieron seis hijos, ella vivió la situación con una mezcla de alegría y martirio. En 1900, en el nacimiento de María, futura reina de Yugoslavia, Isabel se escandalizó por el hecho de que su sobrina y nuera recurriera al cloroformo. Cuando Fernando contrajo la fiebre tifoidea, Isabel no le sirvió de consuelo y anunciaba casi todos los días que su sobrino estaba condenado, como si esperara su muerte. Ella había sufrido en la forma más atroz. ¿Por qué tenía que ser la única? Fernando sobrevivió, pero había envejecido terriblemente.

A veces, Isabel se mostraba alegre, pero de pronto, su ánimo cambiaba y ponía incómodos a quienes la rodeaban. Cuando Francisco José, a quien Carlos I respetaba y amaba, llegó a Bucarest, el 16 de septiembre de 1896, para asistir a unos magníficos festejos, la reina volvió a convertirse en Carmen Sylva, lírica y autoritaria, durante el picnic que realizaron en un claro del bosque, donde pastaban algunas vacas del dominio real. Inflamada por su necesidad de ser el indispensable faro del espíritu, dirigió la conversación (ninguna otra persona se hubiera atrevido!) e incomodó al

viejo emperador, visiblemente desconcertado por sus palabras demasiado elevadas, impropias o incomprensibles, mientras Carlos I permanecía en silencio, incapaz de controlar el delirio verbal de su esposa. Desde hacía mucho tiempo, prefería callarse. En esa mujer que podía ser encantadora y fascinaba a sus allegados, se observaban las exaltaciones nostálgicas y depresivas de otra Isabel (Sissi), y un poco de la personalidad romántica y atractiva de su difunto primo visionario, Luis II de Baviera.

TRAS LOS MOTINES DE 1907, EL REY DE RUMANIA LOGRÓ RESTABLECER LA CALMA Y EFECTUAR REFORMAS

Durante esos años, Carlos I había logrado progresos considerables en Rumania, jugando hábilmente con la alternancia de los gobiernos liberales y conservadores, según el modelo británico. Además de la indispensable infraestructura (rutas, canales, puentes, ferrocarriles), el monarca, un organizador nato, desarrolló la industria alimentaria y promovió el inicio de la explotación petrolera: Rumania llegó a ser incluso la tercera exportadora mundial. Pero la población rural, mayoritaria en ese país de alrededor de 7 millones de habitantes, se sintió abandonada, al margen de la prosperidad. Bucarest brillaba con acontecimientos inéditos, como las exhibiciones de aeroplanos. En el campo, la vida era oscura y miserable. Aunque en 1906, se celebraron los cuarenta años de reinado de los soberanos con una gran exposición en la que la reina y la princesa María decidieron presentar obras de artistas representativos del *art nouveau* que florecía en Europa, a principios de 1907, violentos motines campesinos en Moldavia, dirigidos contra la comunidad judía, acusada de monopolizar la tierra, devastaron las

propiedades agrícolas. Dos gobiernos sucesivos fueron incapaces de restablecer la calma en el nordeste del país. Se reclamó la intervención del rey, el único que encarnaba la autoridad suprema. Carlos I le ordenó al ejército, del que estaba orgulloso, disparar contra los amotinados. Hubo que lamentar muertos. Esto significó un enorme riesgo para el monarca, porque el eco del trágico Domingo Rojo de 1905 en San Petersburgo le había valido al zar el apodo de Nicolás el Sanguinario y manchó gravemente de sangre su vínculo con el pueblo. Pero a Carlos I no se le hizo ningún reproche. Él salvó su monarquía aún frágil y restauró el Estado. Al cabo de dos meses, se restituyó el orden. La opinión pública, satisfecha, destacó el hecho de que la reina, con una sorprendente calma, hubiera apoyado la revuelta con sus escritos: una audacia de su parte, pues su esposo le había prohibido tomar cualquier clase de posición política. El mensaje de compasión de la reina fue bien recibido por el soberano y el pueblo. Más aún: el rey exigió y obtuvo una reforma del sistema agrícola. Lamentablemente, un año más tarde, su éxito en la resolución de esa grave crisis interior se vio opacado por el golpe que le asestó Francisco José al anexar sorpresivamente Bosnia y Herzegovina. Carlos I se sorprendió ante esa traición que destruía su Alianza secreta de 1883 con Austria-Hungría y Alemania. Y los favores de Viena a Bulgaria lo exasperaban.

La derrota búlgara de 1913, la entrada a escena de la Rumania victoriosa en la Segunda Guerra Balcánica, y luego el Tratado de Bucarest, impusieron al reino de Carlos I como un ejemplo logrado en la tan inestable Europa Central. A partir de ese momento, la diplomacia debería tomar en cuenta a Rumania. ¿Podría regresar finalmente Carmen Sylva a sus entusiasmos literarios, artísticos y musicales? Eso esperaba ella. Pensó invitar a su querido Pierre Loti a Sinaia para que fuera a leerle su último libro *Les désenchantées*, cuyo

envío le había agradecido. Pero el rey Carlos I se opuso, porque la presencia de ese oficial de marina que usaba maquillaje y tacos altos para parecer más alto le resultaba decididamente insoportable.

La reina quedó decepcionada, como lo había estado cuatro años antes, el 27 de octubre de 1909, cuando el aviador Louis Blériot no pudo hacer una demostración de su aparato ante el rey y la reina por una falla en el motor, provocada por la explosión del cárter. Sin embargo, tres días más tarde, cambiaron el motor y el héroe francés de la primera travesía aérea de la Mancha efectuó varios vuelos frente a Sus Majestades y a una multitud congregada en el hipódromo de Bucarest. Fue una hermosa fiesta presidida por la familia real. Carlos I le entregó a Louis Blériot la cruz de Comendador de la Orden de la Corona de Rumania. Isabel estaba tan entusiasmada que quiso rendirle su propio homenaje al aviador. Inevitablemente, le escribió un poema. Lo declamó en público, por supuesto. Todos la escucharon con respeto, porque era un rito. Después del ferrocarril y los buques, el avión fue el tema técnico que inspiró a la poeta apasionada por todas las formas de viajes, que eran, a su juicio, los sueños más bellos. Carmen Sylva calificó al aviador como “hombre pájaro”. Él escuchó con gratitud esas palabras extrañas pero cálidas. Le habían dicho que la reina de Rumania no dejaría de alabar su conquista del aire. Blériot pasó casi una semana en Bucarest y cuando partió, la reina siguió mucho tiempo con la mirada al aparato que se alejaba hacia el oeste.

Las relaciones con Francia se desarrollaron en diversos terrenos. Se preferían los cañones forjados en el Creusot sobre los de la dinastía Krupp y, a pedido del rey, que estaba molesto con sus aliados germano-austríacos por haberlo marginado en 1908 y en 1912, varios de sus generales se formaron en las grandes escuelas militares francesas. Desde 1912, existía una alianza universitaria

franco-rumana, incentivada por la semejanza sonora, a veces engañosa, de ambos idiomas.

1913: CARLOS I, MUY ENFERMO, SUFRÍA PERO REINABA VALIENTEMENTE

El éxito diplomático del Tratado de Bucarest, firmado el 10 de agosto de 1913, y el respeto que se le tuvo desde entonces a Rumania repercutió en la corte. Por desgracia, desde hacía un año, el rey Carlos I estaba visiblemente enfermo. Padecía un cáncer de hígado, pero a pesar de sus ataques cada vez más dolorosos, se negaba a guardar cama. Consumido y casi sin fuerzas, soportaba el dolor con estoicismo. El debilitamiento del monarca, de una admirable dignidad, y la timidez de su sucesor, impulsaron a Carmen Sylva a dejar su pluma para ponerse la corona, cumplir sus tradicionales funciones de esposa de un soberano reinante y enfrentar la realidad. La princesa María, su sobrina, pensó que era su deber hacer lo mismo. Detrás del respeto al protocolo y a las instituciones, el futuro de la monarquía estaba extraoficialmente en manos de las dos mujeres. La Conferencia de Paz de Londres, inaugurada el 29 de julio de 1913, había reconocido un nuevo Estado, Albania, al que el impetuoso rey de Montenegro se había visto obligado a devolverle su botín balcánico más valioso: Shkodra. Por otra parte, las geografías de Albania y Montenegro eran muy similares: dos países de montañas difíciles de atravesar. Albania era el “país de las águilas”: bello, pero salvaje. Antigua fracción del Imperio Romano de Oriente, Albania había visto pasar, en forma alternada, a la mayoría de los amos del sur del Adriático: los búlgaros, los serbios en la Edad Media, los otomanos en el siglo xv, los príncipes angevinos, reyes de Nápoles, los venecianos en el siglo xvi, cuando tenían el

puerto de Durrës, y finalmente, de nuevo, los representantes del sultán. En el primer tercio del siglo XIX, algunos gobernantes, como el Bajá de Janina, que se hizo famoso gracias al talento de Alejandro Dumas padre en *El conde de Montecristo*, habían intentado rebelarse contra Constantinopla, y eso llevó a la independencia de Grecia. En 1913, Albania, que seguía siendo una provincia otomana, suscitaba mucha codicia, especialmente por parte de Serbia, que pretendía su salida al mar para vengarse de la anexión de Bosnia y Herzegovina. En Berlín, Guillermo II estaba indignado por esas reivindicaciones y le respondió al gobierno de Francisco José que “jamás aceptaría sacrificar soldados alemanes para salvar un rebaño de cabras albanesas”. El 25 de octubre, bajo la presión de Viena, Serbia se vio forzada a evacuar Albania: esto intensificó aún más el enojo de Serbia contra Austria-Hungría.

Albania, amputada de su parte septentrional adjudicada a Serbia, como Kosovo, tan caro a los serbios, se había convertido en una curiosidad: solo los Balcanes podían ofrecer un ejemplo tan folclórico. Aunque presuntamente era independiente, en realidad estaba bajo el control de una Comisión Internacional compuesta en su mayoría por otomanos. El país tenía estatuto de principado, pero carecía de un monarca. No había muchos candidatos, porque la pobreza del país no era atractiva. Buscaban al hombre providencial: debía ser rico, cristiano y curiosamente, de preferencia, protestante. En unos diez siglos, Albania había adoptado casi todas las religiones. En ese contexto, a la reina de Rumania se le ocurrió buscar en primer lugar una princesa para el muy modesto trono albanés: eso le parecía más fácil que encontrar al futuro esposo de esta. Sofía de Schönburg-Waldenburg, una joven huérfana que estaba bajo su protección y cuya abuela era rumana, le pareció la candidata ideal. Sin ir a buscar más lejos, la reina intelectual actuó

como casamentera: decidió que Sofía se casaría con el segundo hijo de su hermano, el príncipe Guillermo de Wied. Este era apuesto, amable, fuerte, con una voz suave y mucho más alto que ella. Tenía treinta y siete años y era un oficial prusiano que nadie conocía salvo la reina Isabel: su tía lo quería mucho. El rey Carlos I, cuyas fuerzas estaban disminuyendo, aceptó la idea de su esposa. Después de todo, así les daría una lección a Francisco José y a Guillermo II, que lo habían traicionado.

La soberana de Rumanía organizó rápidamente la boda de Guillermo y Sofía para el 30 de noviembre 1906, en el castillo de Peleş. Este se parecía cada vez más a su descripción en la apasionante novela de Julio Verne *El castillo de los Cárpatos*, publicada en 1893. Los invitados quedaron maravillados ante la inmensidad del hall de honor, la más suntuosa sala de recepción de la residencia, adornada con seis mil figuras esculpidas en sus revestimientos de madera de nogal. Y como en el caso del extravagante rey Luis II de Baviera, la técnica contribuía con el sueño: la sala tenía un techo móvil de vidrio, con vitrales alegóricos y heráldicos, que se abría con un motor eléctrico. En la sala de armas, que acababan de terminar, con su techo de roble artesonado, los visitantes se deslumbraron ante una fabulosa colección de armas blancas y de fuego –más de cuatro mil piezas– del siglo XIV al siglo XVII. Nadie tenía frío, porque si bien la inmensa chimenea solo era decorativa, como un homenaje al Renacimiento alemán, en 1883 habían instalado calefacción central: una inteligente precaución para un castillo ubicado a 1000 metros de altura. Se sirvió un almuerzo para treinta personas en el comedor oficial. En la antigua sala de música transformada, un año antes, en salón literario, la reina, como era de esperar, recitó un poema. Por algo había dicho Pierre Loti de la poeta coronada: “Podía resignarse a todo, menos a un ambiente normal”.

OLVIDADA, SALVAJE, SUBESTIMADA, LA ALBANIA INDEPENDIENTE ESPERABA
A SU PRÍNCIPE

Ese matrimonio fue un triunfo para Carmen Sylva, que demostró así su sentido político, a menudo oculto tras sus elucubraciones literarias. Decidió ignorar el hecho de que su sobrino no se mostrara demasiado entusiasmado con ese destino que le habían preparado. Las grandes potencias aceptaron rápidamente al candidato, “aprobado por Europa”, como decían, pensando que era necesario resolver esa cuestión cuanto antes, para no correr el riesgo de reavivar los viejos antagonismos. Guillermo lo creía. Pero eso significaba, una vez más, desconocer la importancia de un minúsculo y austero país que contaba con una enorme ventaja, ambicionada por todos sus vecinos: una salida al mar. Y creer que se podrían solucionar las fricciones entre minorías en un Estado de dimensiones liliputienses. Francia, sin originalidad y sin entusiasmo, dio su consentimiento. Se esperaba, como medio siglo atrás en Rumania y en Bulgaria, un príncipe germánico, que encarnara al monarca ideal. Y ese príncipe que reinaría en Albania, al que habían visto en chaqué, como un elegante gentilhombre alemán, en el hipódromo de Bucarest, no debería esperar “un palacio en ese país en el cual los campesinos viven en chozas miserables y hasta los nobles tienen una casa sencilla y poco atractiva”, según un periodista danés, enviado especial de *L'Illustration* y uno de los pocos que conocía la misteriosa y pobre Albania. Compleja también. En efecto, Guillermo de Wied, príncipe de religión luterana, reinaría sobre un país de confesión islámica, cambiándose el nombre por el de Vidi: los últimos soldados del Imperio otomano, que habían partido tras cinco siglos de presencia otomana en el lugar, habían dejado una importante comunidad musulmana. En Berlín, Guillermo II estaba encantado de que un

protestante fuera en Albania el protector del islam, un honor que él mismo había reivindicado para los sirios al dirigirse a Damasco. Una curiosidad: el orden albanés estaría bajo la autoridad de una gendarmería... ¡neerlandesa! La madre de Guillermo había nacido como María de Orange-Nassau, princesa de los Países Bajos. Esa unidad sería comandada por el mayor Lodewijk Thomson, que había servido en Sudáfrica y en Grecia. Llegó en octubre de 1913. Su primera misión fue hacer que los albaneses no afectados a esa fuerza devolvieran las armas que poseían, una ilusión en un país rudo y ofendido por haber sido olvidado.

El 7 de marzo de 1914, el príncipe Vidi descendió de un buque de guerra austríaco y entró solemnemente a Durrës, nueva capital albanesa y puerto sobre el Adriático, antaño orgulloso de su anfiteatro romano, el más grande de los Balcanes con capacidad para quince mil espectadores. Guillermo y su esposa se instalaron en un palacio veneciano bastante deteriorado. El soberano, mal informado por Viena y sobre todo mal rodeado, cometió el error de nombrar ministro de Guerra a Essad Bajá, sin saber que este último soñaba con su trono, alentado por diplomáticos inconscientes. Essad Bajá había sido vencido un año atrás por Montenegro y no dejó de fomentar disturbios, seguramente impulsado e incluso financiado por Serbia. Rápidamente, como consecuencia de las torpezas del príncipe, se instaló un clima de insurrección. En apenas dos meses de existencia oficial, Albania quedó sumida en la anarquía. Pero la Comisión Internacional –¡que debía pagarle a la guardia del príncipe!– estaba más interesada en la visita oficial a París del rey Jorge V del Reino Unido y su esposa la reina María, que habían llegado el 21 de abril para el décimo aniversario de la Entente Cordiale: tras la liquidación de los diferendos coloniales, se estableció la alianza real. La capital francesa le ofreció una cálida acogida al sucesor

de Eduardo VII: centenares de miles de parisinos aclamaron al ex oficial de marina y entusiasta filatelista en los Campos Elíseos y se esforzaron por ver el rostro de la reina debajo de su sombrero. El presidente Raymond Poincaré dispuso que la pareja real se alojara en un suntuoso apartamento del Quai d'Orsay. Ese viaje, posterior al que había realizado el presidente Poincaré a Londres once meses antes, tranquilizó a la opinión pública: todos querían creer que la paz en Europa dependía solamente de las excelentes relaciones franco-británicas.

EL PRÍNCIPE DE ALBANIA DECEPCIONÓ A LAS POBLACIONES E INCOMODÓ A TODO EL MUNDO

Pero era imposible ignorar a los Balcanes y la inevitable desintegración de las posesiones otomanas en Europa, cuyo último e inquietante ejemplo era Albania. El 19 de mayo de 1914, el soberano alemán mandó arrestar a Essad Bajá. Los insurgentes musulmanes, furiosos, marcharon sobre Durrës. El 23 de mayo, a las 5 de la mañana, el príncipe Vidi y su esposa, él con un uniforme sorprendente y ella vestida de blanco, aterrorizados, subieron a bordo de una lancha y se refugiaron en la nave italiana *Misurata* enviada por el rey Víctor Manuel III. Después de una mediación italiana, la pareja recobró la serenidad y volvió a su residencia, a las 19. El soberano y su comitiva quedaron desprestigiados. Los apoyos rivales de Italia y de Austria exasperaban a la población, a la que le habían prometido la independencia. Estallaron nuevas insurrecciones, que fueron duramente reprimidas por la gendarmería. Entre los muertos, estaba el mayor Thomson, que cayó con las armas en la mano al amanecer del 15 de junio, según el periodista Arthur Moore, corresponsal

del *Times*. La Comisión Internacional no pudo hacer nada. En ese momento, Albania, teóricamente un “principado soberano hereditario y neutral”, era el ejemplo más espectacular, más pretencioso y más lamentable de la ingenuidad occidental frente a un conjunto de tribus todavía medievales y a inextricables enfrentamientos religiosos y seculares. Las realidades locales habían sido totalmente ignoradas. Había que conocerlas para dominarlas. Se llevaron a cabo negociaciones entre la gendarmería y los dos mil insurgentes: estos consiguieron todo lo que querían. En medio de ese caos, surgió la verdad, contundente. El príncipe, que no hablaba una sola palabra de albanés (tampoco su esposa, ahora llamada Sofía), se mostró altanero e ignorante de las complejidades orientales, como un cristiano listo para la guerra santa, al pedir ayuda a las tribus católicas del norte, que constituían una fuerte minoría. Doscientos albaneses católicos componían la guardia principesca cristiana que rodeaba el palacio, y eso constituía una provocación para los musulmanes. Sin embargo, como consideraron que eran pocos, esos albaneses católicos se negaron a defender al príncipe. Además, Guillermo creía vivir en una corte alemana de otro tiempo, y su entorno de grandes propietarios irritaba a los campesinos miserables, que desconfiaban de los consejeros extranjeros. Guillermo de Wied no supo enfrentar la situación ni imponerse, y su falta de poder de decisión fue catastrófica. Aunque había adoptado, para los albaneses, el título de rey y Sofía el de reina, la Comisión Internacional no les reconocía esa condición.

A principios del verano, el poco glorioso reinado del príncipe Vidi parecía estar condenado. El embajador de Francia, Joseph de Fontenay, envió un despacho al Quai d’Orsay: “La princesa se aferra desesperadamente a la corona de Albania”. La reina Isabel de Rumania recibía casi todos los días cartas angustiosas de su

sobrino, la princesa Sofía, que se consideraba a sí misma una reina. ¿Qué pasaría en Durrës? ¿Carmen Sylva había tenido una mala idea? Las grandes potencias se habían cansado de ese amateurismo, sin admitir su parte de responsabilidad en sus buenas intenciones y en la elección del pretendiente. El “país de las águilas” se había convertido en un nuevo polvorín dentro del polvorín. Era el 30 de mayo de 1914.

